BOLSILIBROS BRUGUERA

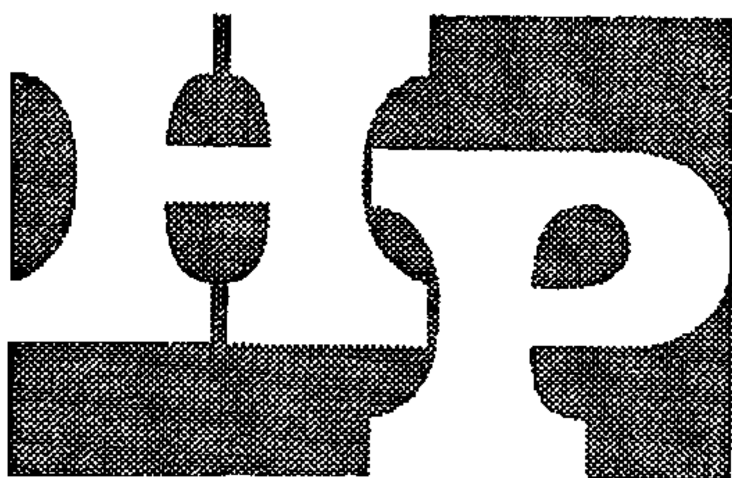
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

¡QUIETO, PISTOLERO!







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

¡QUIETO, PISTOLERO!

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 231
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 16724-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edición: junio, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

EL TÚMULO

La mayoría de los hombres llevaban anchos sombreros mexicanos de paja trenzada. Se despojaron de ellos y empezaron a hacerlos rodar entre sus manos, en actitud. El *sheriff* y unos cuantos hombres más, que usaban sombreros de Texas hechos con buen fieltro, se descubrieron asimismo y hundieron sus cabezas entre los hombros, como abrumados por la tapa del ataúd, que nadie parecía atreverse a levantar.

Cuatro cirios iluminaban la tétrica escena.

Fuera, más allá de la ventana, lucía el sol, y bajo los aleros de las casas de adobe cantaban algunos pájaros.

Eran las tres de la tarde.

La habitación estaba ocupada por el ataúd, en el centro, y por unas cuantas sillas. En la única ventana había una cortina demasiado alegre, impropia de la escena.

—Descanse en paz —dijo uno de los hombres.

—Descanse en paz —repitió otro, con voz monótona.

El *sheriff* levantó un poco la cabeza y miró a los dos que acababan de hablar.

El *sheriff* es un hombre joven; no tendría más de treinta años. Pero se adivinaba en él al hombre que había corrido por demasiados pueblos del Oeste, ha visto demasiadas cosas y no se fía de nadie, ni de sí mismo.

—Era muy hermosa —comentó otro hombre—. Parece mentira que una mujer así pueda morir.

El *sheriff* volvió a pasear sus ojos por la habitación.

El que acababa de hablar era un hombre bien vestido, algo grueso, de unos treinta y tres años. Se adivinaba en él al hombre que ha hecho plata, mucha plata, llegando a dominar una población. Y, en efecto, ese hombre era el verdadero dueño de Rió Soledad. Todo lo que allí había era suyo, o podía serlo.

—De entre los dos mil habitantes de Rió Soledad, habrían podido elegirse cinco mujeres hermosas. Luz, habría sido siempre la mejor. Yo tampoco puedo creer es esté muerta.

El *sheriff* apretó los labios. Castañeó los dientes.

—¡Por Dios, cállese!

Todos se volvieron a mirarle. Los sombreros que daban vueltas en las manos de los hombres quedaron instantáneamente quietos.

—¿Qué le ocurre? Ni que Luz hubiera sido su novia.

—Luz no fue mi novia, ni hubiera podido serlo nunca —murmuró el *sheriff*—. ¡Pero no me gusta que hablen así! ¡No me gusta!

Un leve destello burlón apareció en los ojos del hombre bien vestido. Al fin hizo un ademán de indiferencia y siguió contemplando fijamente la tapa del ataúd. Volvió a hacerlo en silencio.

Fuera más allá de la cortina de colores chillones, seguían cantando los pájaros.

Y más allá había otras cosas dormidas bajo el sol.

Otras ventanas.

Junto a una de éstas un hombre miraba el cielo azul, mientras sus manos de dedos largos, fuertes y morenos, descansaban sobre el alféizar.

Ese hombre no debía de tener más allá de veinticinco años. Llevaba un sombrero tejano, pero bajo él asomaban unos rizos de color ligeramente rubio. Iba vestido de azul, pero su camisa se hallaba completamente cubierta de polvo, como si acabase de realizar con ella un largo viaje. En su cinto había un doble cinturón canana con dos revólveres. Ese doble cinto estaba completamente rodeado de balas.

Alguien se movió tras él. Un tipo de unos treinta años, alto y robusto, le puso una mano en un hombro.

—Son las tres de la tarde, Bruce.

—¡Las tres! Parece increíble. La hora trágica.

Se mordió los labios, como para contener un alud de sentimientos que le estuviese destrozando el pecho, y abandonó la ventana para volver al centro de la habitación.

—Has realizado un largo viaje, atravesando todo el estado, para llegar hasta aquí —dijo—. No puedes ahora retrasarte más y estropearlo todo por un miedo estúpido. Si nos demoramos, Luz será enterrada sin que hayas podido ver su rostro por última vez.

Bruce sonrió, tristemente.

—Preferiría recordarla tal como fue, no como es ahora. Lo que deseo no es tanto ver su rostro como despedirme de ella. ¡Despedirme de ella…!

Apretó los labios otra vez, con un gesto de impotente desesperación, y encajó bien los revólveres en las fundas con un movimiento instintivo. El otro se sobresaltó al ver que ponía las manos en contacto con las culatas, pero se tranquilizó en seguida.

—Oye, Bruce, no puedes ir así a la cámara mortuoria. Quiero decir que no puedes permanecer ante el ataúd con los revólveres en las fundas. Eso sería… En fin, eso sería como una falta al respeto.

Bruce volvió a sonreír, ahora con más tristeza.

—Un pistolero como yo, nunca debe separarse de sus armas. Pero tienes razón, Lou. Ella siempre quiso verme sin revólveres, y yo, no debo presentarme ante su ataúd llevándolos en las fundas.

Los sacó de un brusco movimiento.

—Mis revólveres. Los revólveres del pistolero Bruce Cardigan, del hombre por cuya cabeza se paga hoy mucha plata en toda la tierra de Nuevo México. Aquí los tienes, Lou. Me pongo en tus manos.

—No digas eso, Bruce. Sabes que no hubiese ido a buscarte a las montañas del norte de no tener confianza en ti. Y, tú no hubieses venido de no tener confianza en mí, ciertamente…

Bruce colocó lentamente su brazo sobre uno de los hombros de Lou.

—Me has hecho un gran favor, amigo. Un favor que difícilmente te podré pagar. Y ahora vamos hacia la casa.

Salieron de la habitación y descendieron a la planta baja.

Lou tropezó contra una piedra y lanzó una maldición. Los hombres que estaban allí arriba, junto al ataúd, la oyeron.

—Bruce Cardigan viene hacia aquí —dijo el *sheriff*—. Debemos

dejarle solo en la habitación, pues eso es lo convenido. Salid todos y pasad a la pieza contigua.

Los hombres se miraron de una forma extraña, como si la presencia de Bruce allí les causase una sorda inquietud.

Bruce Cardigan entró en la habitación. Lou iba tras él, con los revólveres ocultos en la copa del sombrero, ya que de ese modo no constituían una falta de respeto tan grave para la muerta.

—Ahí está Luz —musitó.

—Poco a poco, Bruce Cardigan se acercó al túmulo. Se había descubierto por completo y los rizos de su rebelde cabello caían sobre su frente. Era muy joven, pero se adivinaba en él al hombre que ya tiene muy pocas cosas en qué creer. Sus ojos tenían un destello peligroso y duro. Sus manos estaban encallecidas por el uso de las riendas y del revólver.

—Aquí está Luz —repitió para sí.

Hundió los hombros un poco, mirando la tapa. Lou se acercó por detrás, instintivamente.

—¿No quieres verla, Bruce?

—Preferiría recordarla tal como la conocí.

Lou se mordió los labios.

—Pero ¡Bruce, has hecho un largo viaje tan sólo para verla por última vez!

—Está bien, Lou, perdona. Te ruego que levantes tú mismo la tapa.

De puntillas, el hombre se acercó al ataúd y, mirando a Bruce Cardigan, levantó la tapa de un seco golpe.

La cortinilla de colores chillones volvió a moverse.

Un pájaro cantó en la lejanía. Su canto fue como una burla en la quietud de la tarde.

Bruce Cardigan lanzó un gemido de sorpresa y de horror.

Porque dentro del ataúd no había una mujer muerta, sino todo lo contrario: un hombre vivo.

CAPÍTULO II

LA CABEZA DE UN HOMBRE

Dos revólveres había en sus manos; dos revólveres de calibre pesado que le apuntaban directamente a los ojos. El hombre del ataúd estaba pálido, pero se movió con una rapidez de reptil en cuanto la tapa fue levantada.

—¡Quieto, pistolero!

El rostro de Cardigan parecía en aquellos momentos la máscara del estupor. Acostumbrado a obrar rápidamente y fiándolo todo al instinto, famoso en Nuevo México, por su velocidad alucinante al «sacar», parecía como si ahora lo hubiesen atado de pies y manos, como si estuviese sufriendo los efectos de un soporífero.

Al ver a aquel hombre dentro del ataúd, al darse cuenta de la gigantesca trampa que se le había tendido, no fue capaz de reaccionar como las circunstancias exigían y se quedó quieto, atónito, mirando aquellos dos revólveres.

Lou, creyó que Bruce haría algo y que trataría de defender su existencia como fuese, se había arrojado al suelo tras levantar la tapa del ataúd. Allí protegido por el túmulo, se arrastraba como una rata fugitiva, gimiendo de terror. Sus gemidos y la voz de: «Quieto, pistolero» del que se hallaba en la caja, fueron la señal de intervención para todos los que se encontraban ocultos en la habitación contigua.

Eran el *sheriff* Wonder, el hacendado Haskyns y cinco hombres más, escogidos entre los mejores luchadores a cuchillo de toda la comarca. Habían sido seleccionados entre los mexicanos porque éstos rara vez fallaban el golpe, y eran diabólicamente eficaces en la

lucha cuerpo a cuerpo, dentro de una habitación.

La puerta se abrió y todos irrumpieron en la sala.

Pareció que, en el momento de moverse, no tenía la menor posibilidad de sobrevivir. Su enemigo más cercano, el del ataúd, le estaba apuntando con dos revólveres, y los que habían entrado procedentes de la otra habitación llevaban ya las armas en las manos.

Pero la leyenda que rodeaba a Bruce Cardigan no era falsa. Lo demostró, en aquel momento.

Se arrojó al suelo con la velocidad de un halcón. Volcándose materialmente encima de los revólveres que le amenazaban. El del ataúd disparó, y la pólvora quemó las ropas del pistolero, aunque las balas le rozaron tan solo. Aquella forma suicida de arrojarse encima de los cañones impidió al del ataúd rectificar el tiro. Cuando quiso hacerlo, Bruce ya estaba bajo el túmulo y lo levantaba con fuerza hercúlea. Todo transcurrió en menos de un segundo y de forma tan inesperada que todos tuvieron la sensación parecida a la que hubieran sufrido de entrar en aquel momento un rayo por la ventana de la habitación. El ataúd, con su ocupante, fueron lanzados contra los que en aquel momento atravesaban el umbral de la puerta.

Lou, aterrorizado, estaba tendido en el suelo frente a Bruce, pero mo se atrevía a disparar. A pesar del inmenso y violento asco que el joven sintió por él, no le prestó atención. Aquella alimaña era poco peligrosa mientras no se le volviera la espalda, y lo que ahora urgía más era encontrar un arma.

Bruce la encontró en los cuatro candelabros que habían iluminado el ataúd.

Eran pesados de antiguo bronce, y en cada uno de ellos había un grueso cirio encendido.

Tomó el que tenía más cerca y lo arrojó contra la masa humana que estaba arremolinada en la puerta.

Haskins y dos de sus hombres lanzaron un aullido de horror al ver caer sobre ellos la alargada llama. Lograron apagarla con febriles manotazos, pero otro de los candelabros ya estaba entonces sobre ellos. Y otro. Y otro.

Lou, el falso amigo de Bruce, el que había tomado parte activa en aquella inocua traición, vio por fin distraído al pistolero. O quizá

dominado por el terror inicial, se dio cuenta de que podía tirar contra él sin peligro alguno. Levantó poco a poco el martillo de su revólver desde el suelo.

Lanzó un aullido de dolor al sentir aplastada su mano derecha.

Bruce, a pesar del enorme tumulto, había oído el leve chasquido, obrando con la rapidez del rayo. Con la bota derecha aplasto la mano de su enemigo, obligándole a soltar el revólver, y con la izquierda le propinó un terrible puñetazo al mentón, dejándole sin sentido. Fue tal la violencia que Bruce puso en esta maniobra, que perdió el equilibrio y cayó al suelo; pero ya se había apoderado del arma.

Uno los cuchilleros mexicanos, se lanzó sobre él, esgrimiendo por encima de su cabeza un enorme puñal marca «Bowie».

—¿Cuánto te pagan por esto, estúpido?

Bruce había hecho la pregunta mientras levantaba ambas piernas. El mexicano fue impulsado por ellas, igual que por una catapulta y cayó junto a la ventana, desgarrando la cortinilla de colores.

El *sheriff* Wonder saltó al fin por encima de la torpe masa que obstruía con sus cuerpos la puerta. Llevaba el revólver amartillado y lo empleó sin vacilaciones.

Pero con menos vacilaciones aún lo había empleado Bruce Cardigan.

Una bala arrancó el arma del *sheriff*. Otra se la atravesó limpiamente de lado a lado, haciéndole lanzar un gemido de dolor.

—¡Esta artimaña ha sido indigna de ti, Wonder! ¡Ha sido indigna de un hombre honrado!

La apuntó a la frente con las facciones crispadas, el dedo en el gatillo para lanzar ya la bala definitiva. Wonder, quieto frente a él, de rodillas le miraba cara a cara y sin pestañear una sola vez, Bruce curvó de repente los labios en una mueca que parecía de odio o de pena.

—¡Sal de ahí, Wonder, o te mataré! ¡Sal de ahí, maldito seas!

El *sheriff* no se movió. Parecía aplastado, hundido. Pero entretanto el del ataúd había logrado ya salir de entre la masa de hombres y apuntaba a Bruce con una de sus armas. El joven se hizo a un lado, disparando frenéticamente dos veces, y las últimas balas atravesaron de parte en parte la cabeza de su enemigo.

Kaskins lanzó un alarido.

—¡Todos contra él! ¡Todos! ¡Malditos cobardes…!

Un verdadero tumulto se agigantaba en las escaleras que conducían a la habitación. Todos los agentes del *sheriff*, cuya misión inicial había sido rodear la casa, ascendían ahora para ayudar a los de arriba, al darse cuenta de que las cosas no marchaban bien, Bruce Cardigan comprendió que si llegaban a entrar allí podía considerarse perdido. Y decidió actuar con más rapidez aún.

Todos estos sucesos habían ocurrido en un periodo de tiempo increíblemente breve, enlazándose unos con otros de manera que ninguno de los participantes en el drama habían salido de su asombro. En realidad, los que estaban apelotonados en la puerta no habían tenido tiempo material para apagar las llamas propagadas por los candelabros, apartar éstos y el ataúd y levantarse. Tan rápido había sido todo.

Pero Bruce centuplicó aún la velocidad con que se había movido hasta el momento. Poniéndose en pie de un solo salto, se lanzó de cabeza contra la ventana que aún seguía parcialmente cubierta por la cortinilla, terminando de arrancarla. Envuelto en ella, se desplomó sobre la calle.

La casa en que sucedía todo esto, como casi todas las de las pequeñas ciudades de Nuevo México, era de planta baja y un solo piso. Un hombre arrojándose desde una ventana no podía matarse fácilmente, pero sí romperse todos los huesos del cuerpo. Bruce Cardigan no se rompió uno solo, porque sabía cómo se realizan esa clase de locuras. Cayó de pie, sintiendo cómo el golpe repercutía en su cráneo e inmediatamente, tras flexionarse para que no se quebraran sus rodillas, echó a correr hacia uno de los lados de la calle. Eso le salvó la vida.

Dos hombres que estaban apostados en uno de los porches comenzaron a disparar como unos endemoniados, bajo los efectos de un nerviosismo que ya parecía terror. La caída de Bruce Cardigan desde la ventana les produjo el efecto de una aparición.

El joven sólo tenía dos balas y las aprovechó bien.

Le bastaron para derribar a los que le habían estado acechando.

Desde arriba llegó la voz de Kaskins, semejante a un rugido:

—¡No le dejéis escapar!

Bruce recorrió la calle con la vista, buscando algún caballo. Pero

como era de esperar, no los había en las cercanías. Hasta este detalle por él lograba salir de la habitación, había sido tenido en cuenta.

—El que había planeado todo esto ha sabido hacerlo bien —masculló—. Endiabladamente bien.

Sin preocuparse más de buscar una montura, pues sabía que no había de hallarla, corrió hacia la casa dónde estuvo Lou. En un rincón de la cuadra tenía que encontrarse su caballo. Dos saltos le bastaron para doblar la esquina y hurtar el cuerpo de varias balas que ya se dirigían hacia él.

Con el revólver descargado, Bruce penetró en la cuadra. Tuvo que mover el brazo vertiginosamente cuando un hombre se abalanzó sobre él. Era un tipo de unos treinta años, fuerte y peludo como un oso. Bruce le clavó el cañón bajo la barbilla, en un alucinante movimiento de abajo arriba, y el hombre cayó hacia atrás con los brazos en cruz y la boca convertida en un surtidor de sangre.

Bruce, tambaleándose, avanzó por la cuadra. Empezaban a fallarle las fuerzas, después de la salvaje tensión de los minutos anteriores. Vio que no había allí ningún caballo, excepto el suyo. Pero el suyo estaba muerto.

Aulló de rabia y de dolor mientras se arrodillaba junto al animal.

Bruce Cardigan había pasado por muchos apuros en el año que llevaba al margen de la ley. Se había visto envuelto en muchas emboscadas, pero ninguna tan hábil y cruelmente preparada como aquélla.

No obstante, tenía que salir de allí. Tenía que acabar con el hombre que había organizado la macabra farsa.

Un hombre había organizado todo aquello, pero para eso había contado con la necesaria ayuda de una mujer: Luz.

Y un brillo febril apareció entonces en los ojos de Bruce Cardigan.

Luz, que estaba terminado de componerse ante un bello tocador de caoba, se irguió de repente al escuchar gritos. Sus cejas se arquearon y en sus labios se dibujó una mueca temerosa. Sintió frío en su espalda desnuda, como si una mano acabara de posarse en ella.

Luz tenía sólo veinte años, y en este momento los lucía con toda su hermosura radiante. Se había peinado y maquillado con delicados objetos de tocador comprados por Haskins. Lucía un sugestivo vestido de noche negro, con la espalda al descubierto, vestido que le había regalado Kaskins y con el que pensaba presentarse a la cena de gala que aquella noche se celebraría con motivo de la muerte de Bruce Cardigan. Un costoso collar de perlas adornaba su cuello. Eso también lo había regalado Haskins.

Únicamente tenía oídos para aquellos gritos, gritos que tan sólo podían significar una cosa.

La estratagema había fracasado. Bruce Cardigan continuaba vivo y en libertad.

Una nube negra pasó por los ojos de la mujer, la que se consideraba, con justicia una de las más hermosas de Nuevo México. Si Bruce llegaba a encontrarla alguna vez, la estrangularía. Le desharía el cuello poco a poco con sus dedos de gigante.

Sus dientes rechinaron de miedo. La jugada que entre Haskins y ella habían preparado, mientras a la luz de la luna se hablaban de amor, había sido tan certera y meditativa, que no se comprendía cómo había podido fallar. Si Bruce seguía vivo era porque tenía un pacto con los demonios. Era porque nadie podría destruirle ya.

Recordó las palabras de Haskins. Recordó sus promesas formuladas tan sólo una noche antes: «Ese loco vendrá. Cree a Lou a pies juntillas y acudirá para despedirse de ti». Luego Haskins la había besado. La besó muchas veces. «Todo está preparado y previsto, Luz. Nada puede fallar. Lou ideará algo para que él entre sin armas en la habitación. Uno de mis hombres estará dentro del ataúd con dos revólveres a punto. El *sheriff* Wonder y yo nos hallaremos en la habitación contigua. Cinco cuchilleros mexicanos, especializados en la lucha a corta distancia, nos acompañaran por si se precisa su intervención. Otros hombres estarán en la calle, rodeando la casa. No habrá caballos en la calle ni en ninguna de las cuadras cercanas. Ni el diablo saldría con vida de un lugar así, Luz. Y cuando él haya muerto, celebraremos una gran fiesta y anunciaremos a todos, nuestra próxima boda».

Siguió besándola, tras pronunciar estas palabras. Luz aún creía notar en su piel el contacto un poco viscos de sus labios calientes.

¿Cómo había podido escapar Bruce con vida? ¿Cómo era posible

que hubiese logrado salir de allí? Se llevó las manos a los ojos y trató de pensar que por fuerza Bruce Cardigan tenía que estar muerto.

Se acercó a una de las dos puertas de la habitación, para cerrarla desde dentro, y otra vez volvió a sentir frío en la espalda. Un frío muy extraño, tan intenso y concreto como si una mano acabara de posarse en su piel. Se movió y aquel frío se movió con ella. Quiso retroceder y el frío se lo impidió. Era como una mano. Como la mano fuerte y ancha de un gigante.

Lanzando un grito de angustia, Luz dio media vuelta. Y entonces recibió en su rostro un golpe brutal que le aplastó las facciones, haciéndola caer como una muerta en el diván que había en su espalda. Transida de dolor, gimiendo, Luz entreabrió los ojos para mirar.

—¡Él estaba allí! ¡El hombre que la había golpeado era Bruce Cardigan!

Chilló, llevándose ambas manos crispadas a la garganta. O por lo menos creyó que había chillado, aunque era probable que ningún sonido había surgido de su boca. Sus cuerdas bocales sufrieron una sacudida y notó en la boca el sabor de la sangre, como si de repente de hubiesen roto.

Bruce la levantó de un solo tirón. Cuando la tuvo de pie frente a él, la sujetó con una mano por el vestido, que quedó roto, y empezó a abofetearla con la otra. La cabeza de la mujer fue de un lado a otro, como un péndulo sangrante, sin que de su boca surgiera más que un ronco estertor. Cuando Bruce la soltó, dejándola caer de nuevo sobre el diván, parecía como si estuviera muerta.

Pero no lo estaba. Por el contrario, jamás había tenido los nervios tan en tensión y los sentidos tan alerta. Únicamente fingía haber perdido el conocimiento porque estaba segura de que Bruce no le causaría ningún daño más, pasado el primer arrebato, mientras la viese tan indefensa.

Y, en efecto, las manos del hombre, que ya se dirigían a su garganta, se detuvieron a mitad de camino.

Luz era peor que una hiena, pero era demasiado hermosa. Bruce contempló sus labios más rojos aún a causa de la sangre, sus párpados donde tantas veces había soñado besarla, su cuerpo de diosa apenas envuelto en el desgarrado vestido y una sensación de

angustia le llenó el pecho. Porque le parecía imposible que él hubiera podido maltratarla así. Porque le parecía imposible también que aquella mujer hubiese podido traicionarle de una forma tan infame y tan cobarde.

Por ella había quedado al margen de la ley cuando mató en duelo al hermano de Haskins, quién se había atrevido a ofenderla. Y aunque el duelo fue abierto y legal, Haskins era demasiado poderoso para que el que mató a su hermano siguiese con vida. Ofreció una recompensa y obligó al *sheriff* Wonder a que fuese en su busca. El tiroteo consiguiente significó la muerte para uno de los ayudantes del de la estrella, y eso sí que fue la bancarrota par Bruce. Sus ojos se nublaron al recordarlo, mientras contemplaba a la mujer. Tan sólo hacía un año de eso, y en un año habían ocurrido tantas cosas que a veces tenía la sensación de no ser él mismo el que estaba corriendo todas aquellas aventuras. Dos muertos más cuando una patrulla intentó impedirle que saliera del estado. Su cabeza subiendo vertiginosamente de precio gracias a su fama de infalible tirador, al oro de Haskins y al odio personal que, contra él, sentía el *sheriff* Wonder. El joven *sheriff* de Río Soledad, que también estaba enamorado de la mujer que él tenía ahora ante sus ojos.

Las manos de Bruce se cerraron en el aire, al ver a Luz vestida de aquella manera. No sólo se había aliado con Haskins para traicionarle, sino que, además, se había vendido a él. Iba ataviada como si ambos hubiesen de celebrar a continuación una gran fiesta.

Vio que la mujer había abierto los ojos. Y es que Luz sabía qué si él no la había matado en el primer momento, no la mataría ya. Se atrevió incluso a adoptar sobre el diván una postura lo más provocativa posible. Con su vestido desgarrado estaba tan tentadora, que Bruce se estremeció.

—No te dejes guiar por las apariencias —suplicó ella—. Déjame que te explique y entonces lo comprenderás todo. ¿Cómo supones que yo pueda tener alguna culpa en lo que ha sucedido? ¡Me encerraron a mí en idearon esa maldita farsa para acabar con los dos! Porque tu muerte significaba la mía, Bruce.

Vio que el hombre vacilaba. Se levantó un poco hacia él, cruzando las piernas y haciendo aún más excitante su postura.

—Bruce, tienes que creerme. ¡Yo te lo explicaré todo! ¡Pero

antes, bésame!

—Debería matarte, Luz, pero no lo haré. Si no me gusta matar a hombres indefensos, menos me gustaría hacerlo con mujeres. Vive y sigue envenenando cuanto, toques. Pero guárdate siempre de volverte a encontrar conmigo.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió.

—Había venido a Río Soledad para despedirme de ti, Luz, porque creí que estabas muerta. Y porque creí que, en efecto Wonder me concedería una especie de tregua y me permitiría verte en el ataúd. Nada de eso ha sucedido, pero yo, de todos modos, me despido de ti. Porque tú has muerto, Luz, y lo que es peor, has muerto con los labios pintados y con ese vestido de mujer que se compra y se vende.

Abrió la puerta y salió de la habitación. Sabía que había criados en la casa pero, eso no parecía importarle ahora. Si se le enfrentaban, tanto peor para ellos. Saltó por una ventana y posó los pies en el jardín que rodeaba la mansión, por su parte posterior, mientras hasta él llegaban los gritos histéricos de Luz:

—¡Está aquí! ¡Pronto! ¡Perseguidle…! ¡Está aquí!

Bruce no se puso nervioso. Se apostó en uno de los lados del edificio, y con todos los músculos en tensión, aguardó que alguien se acercara. Y, en efecto, no tardó en oír los pasos apresurados de alguien que avanzaba hacía allí.

Era uno de los agentes del *sheriff*, el cual sostenía un rifle entre sus manos. Casi tropezó con Bruce. Y se quedó mirándole con cara de pasmo infinito, mientras éste le decía:

—Hola, amigo.

Le propinó con el canto de la mano un seco golpe a la garganta, y el agente se dobló, gimiendo como un condenado. Bruce se apoderó del su rifle y le propinó un culatazo a la frente, lo justo para que no le molestara más por el momento. Luego echó a correr a lo largo de una línea de grandes almacenes que seguían paralelamente el tendido de la vía del ferrocarril. Oyó el silbido indicador de que éste había partido ya de la estación, situada a una milla más allá, en una zona de terreno más liso que el que ocupaba el poblado.

Dos proyectiles silbaron junto a su cabeza y le obligaron a

arrojarse al suelo, junto a la entrada de un almacén. Vio a Wonder que corría como un loco hacía él, seguido de un agente. Wonder dejaba un rastro de sangre a causa de su mano atravesada, pero, aun así, corría con la velocidad de un diablo.

¡Quieto, Wonder, o te abraso!

El *sheriff* no hizo caso de la amenaza y empezó a disparar, frenéticamente. Las balas levantaron surtidores de polvo junto a los ojos de Bruce, quien se había pegado materialmente a la pared de madera, del almacén. Con las facciones crispadas, sabiendo que en aquel tiro se lo jugaba todo, apretó el gatillo una sola vez.

Wonder lanzó una fanática maldición, mientras el revólver saltaba también de su mano izquierda.

El *sheriff* y su agente tuvieron entonces un momento de indecisión, que Bruce supo aprovechar.

De un salto se introdujo en el almacén y lo atravesó velozmente, calculando que debía haber otra puerta que comunicase con la vía férrea. Y, en efecto, la había, el traqueteo del tren, que estaba ya pasando por allí y que era su única esperanza de salvación. Comenzó a empujar la puerta, que pesaba como mil demonios. Ésta cedió un poco.

Bruce, tenía sangre en los labios de tanto morderlos. Sudaba.

Y es ese momento, el umbral que quedaba a su espalda, el mismo que él acababa de abandonar, apareció el *sheriff* Wonder. Llevaba entre sus manos un rifle y le apuntaba dificultosamente con él.

—¡Muere, Cardigan!

Bruce oyó la detonación y luego sintió un choque en el costado. Se tambaleó, cayendo hacia adelante y salió al exterior por el resquicio que había logrado abrir en la puerta. Oyó el traqueteo del tren, como si éste resonara dentro de su cráneo. Avanzó, vacilando, sintiendo que fallaban sus rodillas. A cada respiración sentía un dolor en el costado que le impedía moverse. Hizo un esfuerzo más y tropezó materialmente con uno de los vagones de carga. Se asió a él. Wonder apareció en el hueco de la puerta entreabierta y levantó de nuevo el rifle. Hizo dos disparos casi sobre seguro, pues la velocidad del tren era pequeña, pero sus manos heridas le impedían controlar bien el arma. Las balas tan sólo arrancaron jirones de la camisa de Bruce, que se bamboleaba junto a la puerta entreabierta

del vagón. Un intenso y fresco olor a paja le llegaba desde el interior de éste. Wonder aulló:

—¡Paren el tren, por todos los diablos! ¡Detengan a ese hombre!

Los maquinistas no le oyeron y el tren siguió su marcha. Incluso se produjo una aceleración, pues los de la máquina creyeron por un momento, al oír los disparos, que se trataba de un asalto en regla por parte de cualquier grupo organizado de bandidos. Haskins y dos hombres más aparecieron en ese momento, armados de revólveres.

—¡Le he tocado! —aulló Wonder—. ¡Matadle! ¡No puede sostenerse!

Bruce, en efecto, se hallaba colgado en el vacío y a punto de caer bajo las ruedas. La puerta del vagón se abrió en ese momento, mientras nuevas balas silbaban junto a él un poco imprecisas porque el tren acababa de tomar una curva. El que había abierto la puerta, un empleado del ferrocarril, no lo hizo para ayudarle, si no para pisotearle las manos. Bruce gimió mientras con sus últimas fuerzas golpeaba, en un milagro de equilibrio, tras la rodilla del aquel hombre. Éste lanzó una maldición, abrió los brazos y trató de sostenerse en el aire. Una última mueca y cayó rodando por un terraplén, Bruce, con los ojos semicerrados, penetró poco a poco en el vagón, arrastrándose. Vio que dejaba un rastro de sangre sobre la paja amarilla y sonrió tristemente, porque creía darse cuenta de que aquello era el fin.

CAPÍTULO III

REFUGIO PELIGROSO

El convoy se dirigía lentamente hacia el Sur, rumbo a la ciudad fronteriza de El Paso.

Lo componían tres vagones de pasajeros, y diez de mercancías. En los vagones destinados a carga iban los objetos más variados desde armas a objetos de porcelana, embalados en paja. Precisamente un vagón con esa última mercancía era al que había ido a para Bruce Cardigan.

Las estaciones estaban tan espaciadas que el tren prácticamente había de tardar casi medio día en detenerse de nuevo. Bruce tuvo en cuenta esto, pues no le cabía duda de que Haskins o Wonder habrían telegrafiado a la estación más próxima dando cuenta de su presencia en el convoy. Tendría, por tanto, que arrojarse en marcha antes de llegar a la próxima parada.

Bruce se arrastró penosamente hasta la puerta, la cerró un poco más y luego se arrancó la camisa para examinarse la herida.

Ésta presentaba un orifico de entrada de bala y orificio de salida, o sea que, por suerte, el proyectil no estaba bajo su piel. Había penetrado entre dos costillas, sin lesionarlas y salió instantáneamente. El dolor y la sensación de angustia al respirar habían sido muy intensos, pero la herida no representaba un gran peligro, a menos que se desangrase por ello. Decididamente, y a pesar de todo, podía considerarse un hombre de suerte.

Taponó los orificios con paja y se tumbó a esperar.

La inmovilidad le produjo una sensación de descanso y alivio, en la herida, al tiempo que la hemorragia iba cesando. Dos horas

después, Bruce se sentía mucho mejor, aun cuando no ignoraba que, de no encontrar pronto un buen médico, aquel balazo acabaría por costarle la vida.

La noche fue cayendo sobre el paisaje, y el aire se hizo más ligero y fresco. Bruce, volvió a abrir la puerta y se dedicó a respirarlo con fruición. Habían asomado ya en el cielo las primeras estrellas cuando por fin vio luces a lo lejos, señal inequívoca de que llegaban a alguna población de importancia. Las luces formaban la existencia de tres calles por lo menos en el lugar al que estaban arribando.

Bruce Cardigan se puso nuevamente la camisa, contó su dinero, que alcanzaba a la exigua suma de cincuenta dólares y, tras elegir bien el momento, saltó del tren.

Éste constaba en efecto, de tres calles no muy largas. Los edificios estaban bien construidos y denotaban cierta riqueza y buen gusto por parte de sus habitantes. Pero claramente se advertía que la auténtica población no debía vivir allí, sino tal vez en casuchas de adobes diseminadas por las colinas cercanas. El lugar donde Bruce se encontraba ahora era, por así decirlo, un centro de diversión, adonde debían acudir los ganaderos y tratantes de toda la comarca. Había cuatro o cinco saloóns y un edificio dedicado íntegramente al juego de ruleta. Por fin, Bruce vio también un auténtico palacio, donde sin duda viviría el dueño de todos aquellos centros de diversión. Que pertenecían a un solo dueño se advertía por la adecuada distribución que tenían dentro de la pequeña ciudad, lo que parecía excluir toda idea de competencia libre, y porque en todos ellos había algunos detalles uniformes.

A pesar de que Bruce, iba herido, nadie se fijó especialmente en él. El público de las calles estaba formado por ganaderos del Norte y por bulliciosos mexicanos que no ansiaban más que divertirse. También había unos cuantos tipos que circulaban llevando los revólveres muy bajos y que salían de un saloón para entrar en otro. Bruce adivinó que eran los encargados de mantener el orden y eliminar, para robarles por cuenta del dueño, a aquellos que en el juego habían tenido la desgracia de hacer saltar la banca.

Alguno se estos tipos se fijó en él, pero sin prestarle demasiada atención. A quien Bruce no vio por parte alguna fue al *sheriff*, como tampoco a ninguno de sus agentes; a su entender, esto confirmaba

su suposición de que habían recibido un aviso por telégrafo y se encontraban todos en la estación, registrando en convoy. Decidió darse prisa en encontrar un médico y un caballo, pues de lo contrario sería cazado indefectiblemente.

Encontró al médico al cabo de unos minutos. Bueno, si es que podía llamarse médico al tipo borracho que, con su maletín en la mano, se dedicaba a asestar martillazos a la placa de cristal que tenía ante la puerta de su casa.

Bruce se acercó por su espalda y le preguntó:

—¿Qué le ocurre? ¿Es que ha abandonado la profesión?

El hombre se volvió y lo examinó con una mirada entre divertida y curiosa.

—Me hacen abandonarla, que no es lo mismo. Y a usted, ¿qué diablos le ocurre también?

Bruce señaló el costado de su camisa, que estaba empapada en sangre.

—Cuando me atizaron este balazo creí que era el fin, pero ahora me he dado cuenta de que la herida no tiene demasiada gravedad. Lo que ocurre es que es angustiosa. ¿Puede curarme?

—¡Hum…! ¡Curarle…! ¡He jurado no permanecer un minuto más en esta cochina cuadra! Pero, bueno, pase. Usted será el último tipo a quien mate en esta maldita cuadra.

Abrió la puerta de un puntapié y, una ven en el interior, encendió un quinqué de petróleo. Bruce vio que los escasos muebles de la casa estaban completamente destrozados y apilados de cualquier manera. Por lo visto el médico había dicho la verdad al indicarle que iba a marcharse de la población. Y, además, se marchaba de una forma muy poco académica, a lo que parecía.

—¿Sabe por qué me largo? Porque me he convertido en algo molesto para Tom Ruggles y prefiero estar lejos cuando él decida matarme. ¿Qué quién es Tom Ruggles? Pronto lo sabrá, inocente amigo, si usted decide establecerse por las cercanías, cosa que no le aconsejo en modo alguno. Y ahora vamos a ver esa herida. ¡Uf! ¡Menuda noche! ¡Ni emborracharme a gusto me dejan!

Bruce se había despojado ya de la camisa, dejando al descubierto la herida. El médico la examinó, arrugó la nariz y luego abrió el maletín, sacando a la luz un instrumental completo.

—Eso le dolerá un poco, claro. Nosotros siempre decimos lo

mismo.

Y dolió. Dolió como Bruce no hubiera imaginado nunca. El médico amplió los orificios con el bisturí, los cauterizó bien y los cosió en vivo. Por dos veces el joven estuvo a punto de desmayarse de dolor. Comenzó a respirar, aliviado, cuando el médico realizó un hábil vendaje.

—Éste ha sido tan sólo un rasguño, inocente amigo, aunque bien pudo costarle la vida de tardar más en venir aquí. En fin, si no surgen complicaciones, estará usted listo al cabo de una semana. Pero no haga locuras entretanto, ¿comprendido?

Bruce lo miró a los ojos.

—¿Por qué se marcha usted de la ciudad? ¿Qué quiere decir con eso de que se ha convertido en un ser molesto para Tom Ruggles?

—He curado a algunos tipos a quienes sus pistoleros agujerearon la piel. Ése es motivo suficiente para que tenga que poner tierra de por medio. También le llamé no sé qué cosa ayer, al ocurrir lo de Janet Merlin. Y sé que ésa es la principal razón para que desee matarme.

—¿Janet Melin? ¿Quién es?

El médico cerró el maletín e hizo una mueca de fastidio a Bruce.

—Jovencito, para ser nuevo en la ciudad, es usted bastante curioso y preguntón. Y, mire, yo voy a darle un consejo: monte en su caballo si lo tiene y lárguese de aquí con viento fresco antes de que las cosas se enreden. Pero, sobre todo, no se le ocurra largarse por el cañón rocoso, que empieza al final de esta calle. Hágalo en dirección contraria y saldremos ganado todos.

—¿Qué ocurre en ese cañón rocoso?

—¡Vaya! ¿Terminará de preguntar alguna vez… desdichado? No ocurre nada que pueda interesarle a usted, de modo que olvide todas las preocupaciones. Y ahora, buenas noches.

—¿No piensa cobrarme nada por la cura?

—Es usted mi último cliente en la ciudad, de modo que le atiendo gratuitamente… Repito… buenas noches.

En lugar de apagar el quinqué de petróleo lo arrojó por la ventana que estaba abierta y produjo una pequeña hoguera en la calle. Luego dio un par de puntapiés a los muebles y escapó, dejando la puerta abierta. Bruce se quedó dentro perplejo y sin saber qué pensar.

Pero ya tenía una decisión tomada.

El médico le había aconsejado que no saliera por el cañón rocoso.

Decididamente, no podía quedarse una noche entera en la población, pues el *sheriff* y sus agentes lo buscarían. Ya le habían visto demasiadas personas en el poco rato que llevaba allí, de modo que sin ni siquiera comprar un caballo y una silla, pues no tenía dinero para tanto, echó a andar en la dirección que le habían aconsejado que no siguiera.

El vendaje impedía que sus movimientos repercutiesen en la herida, y se sentía mucho mejor. Pudo incluso caminar con cierta soltura y agilidad cuando se dirigía a la salida de la población.

Por el lado que él había escogido para salir, la llanura estaba cerrada por una montaña en la que había en la que había un pequeño cañón. Tan estrecho que éste que Bruce pensó habrían tenido que valerse en algunos puntos de barrenos para hacerlo más accesible. Después de ese cañón continuaba la llanura ya sin interrupciones hasta una gran cadena de montañas que se distinguían al fondo, a la imprecisa luz de la luna.

Llevaba Bruce una hora caminando, a contar desde su salida del cañón, cuando creyó distinguir un edificio aislado en la llanura.

Éste era un edificio de madera blanca, bien terminada y con un amplio porche. Constaba sólo de planta baja. Algunos árboles se alzaban en su parte posterior y todo el conjunto ofrecía un aspecto de elegancia y armonía de líneas que no era fácil encontrar en las poblaciones de Nuevo México.

Sorprendido, Bruce se detuvo a unos cincuenta metros del lugar. El aire de la noche era tan quieto que se escuchaba incluso el suave zumbido de algún pájaro nocturno durante sus excursiones en busca de alimento. De una forma instintiva Bruce se puso en guardia y, aun no llevando armas, adoptó la postura del hombre que está presto a «sacar». A parte lo que el médico le había dicho sobre la zona del cañón rocoso, aquel silencio y aquella tranquilidad ya no le gustaban.

Las hierbas terminaban a unos diez metros de la casa, iniciándose allí una zona desnuda hasta llegar al porche. La luz lunar haría claramente visible la figura de cualquiera que avanzase.

Bruce tomó el impulso y echó a correr.

El disparo del rifle hizo estremecer el aire. Bruce, hizo una pirueta, como si hubiese sido tocado, y volvió a caer en la zona cubierta por las hierbas altas. El disparo se repitió tres veces, y las balas picotearon el suelo cerca de su cuerpo. Pero evidentemente, era un solo hombre el que disparaba.

Bruce, permaneció quieto. Otra vez en la noche se hizo un silencio angustioso, solemne. El misterioso centinela estaría esperando que algo se moviera para repetir los disparos. Pero Bruce no ignoraba que su única defensa era la inmovilidad, y por eso permanecía tan quieto como una piedra. Esperaba ansioso a que el centinela perdiera la paciencia y se aproximara hasta allí.

Oyó unos pasos muy lentos y sigilosos a su derecha.

Movió la cabeza a aquella dirección, tan poco a poco como si tuviera alguna vértebra rota.

No vio a nadie. Un poco de viento movía ahora los tallos de hierba y a lo lejos silbaba algún pequeño reptil en busca de su compañera.

Nuevamente sonaron los pasos, pero en otra dirección. El centinela no era tonto y buscaba desorientar a su enemigo alternando el avance a gatas con el avance a pie firme. Bruce Cardigan permaneció tan quieto como si las balas le hubiesen atravesado el corazón. Notó que el centinela se acercaba, ahora con más confianza.

Lo vio venir de frente al cabo de unos minutos de angustiosa espera. Era un tipo alto, delgado, que vestía pantalón azul y chaleco de piel y cuyas manos sostenían un «Winchester» último modelo. Tenía el dedo puesto en el gatillo e iba rastreando el suelo con el cañón, recelosamente. Bruce adivinó que en cuanto le viese dispararía de asegurarse.

Respiró lentamente y tensó todos los músculos. En ese momento ni siquiera recordó que estaba herido. Sólo vio que el del rifle miraba hacia otro sitio, sin haberle localizado aún, y decidió no desaprovechar el momento.

Saltó con la agilidad de una pantera procurando coger a su enemigo de costado. El del rifle era ágil y trató de enderezar su arma, lanzando una maldición, pero el ataque fue tan rápido que no tuvo tiempo de defenderse. Dos detonaciones rasgaron el aire quieto de la noche y luego se escuchó el choque sordo de dos cuerpos al

caer a tierra. Bruce golpeó el cuello de su enemigo, haciéndole lanzar un estertor, y luego tiró enérgicamente del rifle, obligándole a soltarlo. Seguidamente, y con gran rapidez increíble, lo dejó caer dos veces sobre la cabeza de su enemigo, quedó exánime. Después lo ató con su propio cinturón y le introdujo un pañuelo en la roca. No parecía haber más centinelas por allí, pero no estaría de más tomar aquellas precauciones.

Fue entonces hacia la casa. De cerca le pareció aún hermosa qué de lejos, pues estaba cuidada en sus menores detalles. Pero había algo muy curioso en ella. Muy curioso y muy siniestro: todas las ventanas estaban cerradas y aseguradas con tablas desde fuera para impedir que nadie pudiera salir por allí. Desde luego, quien se hallase encerrado en aquella casa estaba más seguro que en una cárcel.

Después de esta primera observación que le sirvió también para comprobar que tras el edificio no se ocultaba nadie. Volvio junto a su prisionero y le despojó del cinturón canana, del que colgaban dos hermosos revólveres con sus fundas. Se lo ciñó y se apoderó también del rifle, cargándolo con la munición que el prisionero llevaba en los bolsillos de su camisa.

Fue de nuevo hacia la casa y empujó la puerta. Éste era el único lugar por qué podía entrarse en el edificio, pues no estaba asegurado con tablas, como las ventanas. Pero estaba, en cambio bien cerrado, y la madera era sólida. Bruce la tanteó un poco, y como su estado no le permitía romperse las costillas contra la puerta, disparó tres balas contra la cerradura aun a riesgo de hacer demasiado ruido. El mecanismo salto.

Luego empujó poco a poco.

La casa olía a cerrado, a aire un poco espeso y caliente. Pero en seguida, al dejar él abierta la puerta, ese aire se purificó. El interior estaba a oscuras, pero al fondo de un largo pasillo se derramaba la escasa luz de algún quinqué de petróleo. Ésa era la única señal de vida que se advertía en la casa. Poco a poco, Bruce comenzó a avanzar.

Oyó silbar algo junto a su cabeza y se pegó a la pared mientras ponía uno de sus revólveres en línea de tiro con rapidez frenética. Aquel algo era una banqueta de tres patas que fue a estrellarse contra el suelo sin demasiada fuerza. Luego una cosa blanca se

arrojó sobre él.

La luz situada al fondo no había sido más que una trampa, destinada a hacerle pasar por donde su enemigo deseaba que pasase.

Bruce sintió que unas manos aprisionaban su cuello y se echó hacia atrás mientras trataba de desasirse. Fue a ensayar un golpe seguido de un volteo que no podía fallarle, pero entonces vaciló.

Allí ocurría algo muy extraño. Cuando uno pelea a brazo partido contra un enemigo no percibe un roce tan suave, tan enervante como el que percibía él.

Ni roza una cabellera sedosa y ligeramente perfumada. Ni toca líneas demasiado curvas. Ni cree ver en la penumbra unos ojos tan bellos, grandes y fieros como los de un tigre.

De un brusco tirón el joven llevó a su misterioso enemigo a la zona de luz entonces pudo ver que las que estaban aferrando su cuello eran unas manos de mujer.

CAPÍTULO IV

LA PRISIONERA

Bruce sentía en aquellos momentos tanto dolor como si la herida se hubiese abierto de nuevo. Apretó los dientes y mediante dos secos manotazos, se libró del acoso de la mujer.

—¡Maldito…!

—¡Basta ya de enseñar las uñas, hermana! ¡Echa a andar hacia la luz y no hagas un solo movimiento sospechoso o te barreno la cabeza, aunque seas una mujer!

Ella inclinó la cabeza sobre el pecho y obedeció echando a andar delante de él. Bruce pudo entonces darse cuenta de cómo era la mujer con la que había estado luchando. La boca se le abrió sin darse cuenta.

Y la herida dejó de dolerle.

Aquella mujer, según podía ir distinguiendo a la creciente luz, no debía de tener más allá de veintidós o veintitrés años. Usaba un vestido color oscuro muy ceñido a su cuerpo, de modo, que a cada movimiento se destacaba la exuberancia de su figura. Era rubia, de un tono algo oscuro. Usaba zapatos de tacón alto, Y Bruce, no pudo distinguir más, puesto que caminaba a su espalda, hasta que ella llegó a la habitación iluminada y volvió el rostro.

Bruce quiso fijarse primero en la habitación y luego en la mujer, pero no pudo.

Aquello era demasiado.

Pero Bruce sabía que los sentidos suelen jugar malas pasadas a los hombres. Y por eso decidió olvidar lo que sus sentidos le estaban diciendo.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí?

La mujer le miró con desdén.

—No te burles de mí, canalla.

—¿Burlarme? ¿Por qué?

—Si has venido a matarme, acaba de una vez. Me harás un favor. Y si queréis divertiros y asustarme con toda esa traca de disparos ahí fuera, ya ves que no lo habéis conseguido.

Bruce Cardigan se mordió los labios, indeciso. Por lo visto, la mujer estaba prisionera en la casa y esperaba que viniesen a matarla de un momento a otro. A eso se debía el que hubiese hecho un intento desesperado para defenderse. Pero todo aquello ¿por qué? ¿Quién la había encerrado allí y qué pretendía con eso?

Sonrió cansadamente.

—Soy yo el que no quiere burlas, hermana. Ya adivinarás por la limpieza de mi camisa que no vengo de ningún festival de sociedad. Esta mañana me han rozado con una bala y estoy dispuesto a cualquier cosa menos a que me rocen con otra. De modo que desembucha y larguémonos de aquí.

Ahora fue la mujer la que sonrió, y su sonrisa, además de cansada, resulto triste.

—¿Quieres decir que has venido has salvarme porque sí, tan sólo por el espíritu de aventura?

—Yo no he venido a salvarte. Puede que, en efecto, el espíritu de aventura me haya guiado hasta aquí, pero ignoraba lo que iba a encontrar. Y ya que somos buenos amigos, tanto que me has abrazado al entrar, siéntate en ese lecho y empieza por decirme tu nombre.

Se había fijado ya en la habitación, mientras hablaba. Ésta constaba de una mesa, frente a la que normalmente debía hallarse la banqueta que la mujer había empleado como arma, un pequeño armario cerrado y una cama de campaña. Nada más. Como única luz, la que derramaba el quinqué de petróleo colocado sobre la mesa.

—¿Tu sólo has conseguido matar a Campbell?

—No lo he matado. Pero, desde luego, lo he atacado solo.

—No eres del todo novato, a lo que parece. Y eso que por tu juventud bien podrías estar ordeñando vacas, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Bruce Cardigan.

El nombre produjo en la bella un efecto instantáneo. Lanzó una especie de gemido y se llevó la derecha a la boca.

—¡Bruce Cardigan, el pistolero! ¡No es posible!

—¿Por qué no es posible?

—Todo el mundo decía que estabas en el Norte. Y hasta se rumoreó que te habían cazado ya.

—¡Vaya, veo que no hace demasiado tiempo que estás encerrada aquí! Las noticias que me das son todavía bastantes frescas. Sí, en efecto, estaba en el Norte y, en efecto, también, han estado a punto de cazarme. Muchas veces. Pero aún me quedan fuerzas para apretar el gatillo.

Sintió que la herida volvía a dolerle otra vez. Al cabo de tantas horas de resistir, se aproximaba a un momento difícil.

—¿Tienes algo de licor?

—Sí, un poco de ron.

—Dámelo. Y explícame para qué diablos tienes ahí ese pedazo de soga.

La mujer se levantó poco a poco y con movimientos dificultosos. Bruce pensó que debía estar enferma, por que andaba con poca agilidad. Se encogía como si tuviera algo de frío. Pero al notar que él la miraba interesado, se irguió y mostró la opulencia de su busto, como si quisiera desafiarle.

—Toma.

Le tendió una botella casi llena. Bruce no se molestó siquiera en destaparla; rompió el gollete contra la mesa y bebió con avidez.

—Gracias. Me sorprende que tengas esto aquí. ¿Es que te gusta beber?

Ella acogió la nueva insolencia con una sonrisa despectiva.

—Ya has visto que la botella estaba casi llena. Me la dejaron aquí para que me diese valor.

—¿Quiénes te la dejaron?

—Los mismos que pusieron ahí ese pedazo de soga.

Bruce Cardigan tragó saliva lentamente, mientras se encajaba bien las armas que acababa de robar. Luego sonrió mostrando todos sus dientes con toda la insolencia de que fue capaz.

—Explícame tu historia, nena. Pero toda enterita. A lo mejor me haces llorar.

—No tengo nada que explicarte.

—¿No? ¿Ni siquiera por qué estaba ese fantasmón ahí fuera vigilando la casa? ¿Qué diablos significa todo eso, si puede saberse?

—Ese hombre vigilaba para que nadie pudiese acudir en mi ayuda. Aunque, ¿quién podía ser capaz de ayudarme a mí? En fin, vigilaba también para que yo no tratase de escapar. No sé si te habrás dado cuenta de que esto es una verdadera cárcel.

—No soy tan tonto, preciosa. Pero no me has explicado aún para qué es ese pedazo de cuerda.

La mujer sonrió tristemente.

—Mis enemigos son muy misericordiosos. Me dejaron eso aquí por si quería matarme yo misma. Pero por encima de mis sufrimientos tengo una fe, y no seré yo la que me quite la vida.

—Está bien, ¿quiénes son tus enemigos?

Bruce tomó asiento en la única silla frente a la mujer, antes de que ella contestase. No podía negar que le interesaba profundamente, aun en contra de su voluntad. La belleza un poco misteriosa de su rostro, la seductora armonía de su cuerpo, el ambiente enigmático de que estaba rodeada, todo esto contribuía a que tuviese la sensación de hallarse ante una de las mujeres más interesantes que había encontrado en su vida. Pero las palabras que surgieron de los labios femeninos le volvieron pronto al mundo de la realidad.

—Si quieres seguir viviendo, aléjate de aquí.

—No puedo hacerlo —rió él, tratando de aparentar despreocupación—. Ya ves que estoy herido.

—Si sigues aquí puedo asegurarte que pronto estarás muerto.

—¿Ah? ¿Sí?

Se levantó avanzando un par de pasos hacia la desconocida. Ella le miró sin pestañear, alzando un poco la cabeza.

—Todo en las mujeres es estratagema —comentó él—. Todo lo que hacen está dictado por su astucia. Yo no sé qué pretendes al rodearte de tanto misterio, pero la verdad es que me importa bien poco. Voy a quedarme aquí esta noche, te guste o no, porque necesito descansar. Y a lo mejor que tú puedes hacer es largarte lejos de aquí en la montura de ese Campbell, a quien, dicho sea de paso, voy a dejar ahí para que se refresque durante la noche.

—Campbell, no tenía ninguna montura —dijo ella tristemente—. Con ello se pretendía que, de poder salir yo al exterior, no lograse ir

muy lejos.

—¡Hum! ¡Sí que te tienen bien guardada!

No prestó más atención a la mujer. Había llegado a la conclusión de que, por hermosa que fuese, no debía importar en absoluto, puesto que en el fondo no debía ser más que una maldita perra, igual que Luz. Se apoderó de la botella, que había quedado sobre la mesa, y bebió otro trago. Luego apartó a la mujer de la cama, sujetándola por un hombro. Ella gimió, dolorida, pero Bruce no le hizo el menor caso. Ni siquiera cuando vio que volvía a encogerse de aquella forma extraña le prestó atención. Una vez de todo el lecho para él, se tumbó satisfecho y se puso por encima una manta que había cerca. Acto seguido, y tras comprobar que en aquella postura se sentía muy cómodo y que la herida le dolía cada vez menos, cerró los ojos y trató de dormir.

La prisionera no hizo nada por salir de la casa. Parecía convencida de que sin un caballo no podría llegar lejos, por lo que no valía la pena esforzarse. Tomó la silla que dejara Bruce y se encogió, llevándose ambas manos al pecho, transida de dolor.

Pero Bruce Cardigan no la oyó, porque ya dormía.

CAPÍTULO V

HA VUELTO UN PISTOLERO

Es muy extraño lo que a veces puede sentir un hombre, Bruce, por ejemplo, no tenía armas. Había decidido no interesarse por ninguna mujer más en su vida, y no auxiliar a ningún ejemplar del bello sexo, aunque lo viese en las fauces de un cocodrilo, o entre los brazos de un canalla, que para el caso venía a ser lo mismo. Y, sin embargo, allí estaba, con las manos vacías ante dos pistoleros profesionales, diciéndoles en voz alta que había decidido quedarse.

Los dos tipos se volvieron para mirarle. Estaban tan asombrados que incluso el que retorcía el brazo de la mujer la soltó lentamente.

—¡Está usted loco! —chilló ella—. No me haga caso si me oye pedir socorro. Yo ya no sirvo para nada, ¿me entiende? ¡Márchese de aquí! ¡Por Dios, márchese de aquí!

Bruce sonrió con desdén.

—Todo esto no lo hago por ti, nena. Por ti no daría una piedra del cambio. Lo hago porque me gusta.

—Te gusta, ¿eh?

El mismo de antes había desenfundado sus revólveres. Apuntó al joven, encañonándolo con uno a la cabeza y con otro al corazón.

—Te hubiéramos perdonado la vida a pesar de lo que hiciste con Campbell, esa pobre rata. Pero me estás haciendo pensar que lo que ha de ocurrir será mucho más divertido cuando estés muerto.

Hizo una mueca y disparó con los dos revólveres a la vez. La mujer cerró los ojos ahogando un giro.

Pero, Bruce, no era novato. Incluso ya antes de decir que se quedaba había tenido en cuenta la distribución de cada mueble en

la pieza y calculando de una forma instintiva sus posibilidades de triunfo. Además, llevaba en la mano la botella de ron. Y esa botella fue a parar contra la cabeza de su más directo enemigo con la fuerza de un proyectil. El forajido recibió el impacto en pleno rostro y disparó al azar mientras lanzaba una maldición. Cuando quiso serenarse y rectificar, ya, Bruce, había volcado la mesa sobre él y, su compañero, haciéndoles caer y arrastrando también en su caída a la inocente muchacha. El quinqué de petróleo cayó al suelo, pero sin incendiarse. Casi inmediatamente la habitación quedó sumida en la penumbra.

Bruce, se lanzó sobre la mesa, a fin de estar encima de sus enemigos antes de que éstos reaccionasen. Campbell se puso a bramar a través de una mordaza. Y la muchacha lanzó un grito de angustia al ser derribada de aquella forma brutal, mientras los dos forajidos maldecían en voz alta.

Bruce apoyó todo su peso en la mesa, bajo la que estaban los dos hombres, y golpeó con el pie una de las manos que empuñaban revólveres. El arma cayó blandamente a tierra, mientras su dueño lanzaba una imprecación.

Bruce se apoderó de ella y empezó a dar ágiles vueltas sobre el suelo de tablas de la habitación, a fin de llegar hasta la pared más alejada. De seguir materialmente encima de sus enemigos, no los dominaría. Varias balas disparadas al azar atravesaron la mesa y restallaron contra las paredes, siguiendo aproximadamente sus movimientos. Pero sin siquiera rozarle.

Los dos hombres cometieron la imprudencia de levantarse casi a la vez, disparando como locos. Las balas cribaron materialmente la pared en cuya base estaba Bruce tendido. El joven apretó el gatillo tan sólo dos veces y los dos hombres se estremecieron alcanzados en puntos vitales, mientras soltaban sus armas.

Bruce se puso entonces de pie de un salto y corrió a levantar el quinqué de petróleo. En el momento de iniciar aquella loca aventura no le hubiese importado provocar un incendio, pero ahora la situación había cambiado tan radicalmente, que interesaba evitarlo. Levantó la mesa de un puntapié, colocó el quinqué encima, aunque sin el cristal, pues éste se había roto, y miró a su alrededor.

La muchacha le contemplaba con ojos de horror, como no dando crédito a lo que había visto. Los dos forajidos le contemplaban

también, pero ya sin verle.

Sus ojos estaban espantosamente quietos y brillaban como bolas de vidrio.

—No hubiese querido matarles —susurró Bruce—. Pero ese tipo disparó primero.

Puso en pie a la muchacha, que parecía no tener fuerzas ni para incorporarse siquiera. Ella se apoyó en su pecho y él la rechazó, haciéndola sentar en la silla.

—Bueno, creo que después de todo empezamos a ser algo así como camaradas —murmuró él—. Y ya es hora de que me digas tu nombre.

Es extraño que no me lo hayas preguntado antes. Me llamo Janet Merlin.

—Muy bonito. Y si quieres saber por qué no te lo he preguntado antes, la razón es ésta: me tenía sin cuidado. Como me tiene sin cuidado ahora. Pero siempre es interesante saber el nombre de la mujer por la que hemos cometido una idiotez.

Arrastró a uno de los cadáveres y lo sacó fuera. Luego hizo lo mismo que el otro. Durante esas siniestras maniobras, Janet lo miraba con sus grandes ojos muy abiertos y sin atreverse a decir una sola palabra. Luego Bruce, sin hacer ningún caso de Campbell, que parecía seguir empeñado en tragarse el pañuelo, se tumbó de nuevo en el lecho y contempló con indiferencia a la muchacha.

Bueno, eso es lo que intentó hacer.

Cuando una muchacha como Janet Merlin empieza a ponerse encarnada de excitación, cuando su vestido está un poco desgarrado y sus ojos miran con un temor que los hace más grandes y profundos, no hay quién pueda permanecer indiferente. Y un hombre como Bruce Cardigan mucho menos.

Decididamente, aquella mujer era quizá la más hermosa que había visto en su vida. Incluso más hermosa que la misma Luz.

Trató de olvidarla, y de dormir un poco más, pues acababa de comprobar que aún no había amanecido.

Pero las cosas se complicaron de una manera extraordinaria cuando ella se levantó y vino a sentarse junto a él. A partir de este momento, Bruce Cardigan se consideró hombre perdido, aunque hizo esfuerzos por seguir considerando a aquella mujer como una más que como un ser humano.

Janet le rozó al sentarse. Y Bruce sintió un estremecimiento.

—Sólo tengo una manera de demostrarte mi gratitud —susurró ella—. Sólo una está a mi alcance.

—Ah, sí, ¿cuál?

—Besarte. Darte mi último beso.

Hubo algo inquietante en aquella frase. Fue como si la mujer se despidiera de él para siempre. Como si ese beso que le iba a dar fuera lo que dejaba en testamento a Bruce. Éste levantó un brazo, tratando de apartarla.

—Bésame y te partiré los labios de un manotazo.

Creyó que la muchacha se apartaría ofendida, pero ella no lo hizo. Por el contrario, sonrió. De una forma triste, lejana e imprecisa, pero sonrió.

—Correré ese riesgo.

Se inclinó sobre el hombre y sus labios besaron suavemente los de él. Bruce se estremeció otra vez, porque jamás había tenido junto a los suyos unos labios como aquéllos. Tan suaves, tan tentadores, tan diabólicos y al mismo tiempo tan inocentes.

La mujer, intensamente ruborizada, se separó de él.

—¿Te ha gustado, Bruce?

—Mucho.

Tiró de la mujer para atraerla hacia él, pero no fue con el propósito de besarla nuevamente. Bruce había visto en ella algo que le interesaba más que sus labios. Y ese algo era una cosa blanca que asomaba ligeramente por su escote. Le desgarró más el vestido, poniéndolo al descubierto.

Aquella cosa blanca que había visto era un vendaje hecho de cualquier modo. No manaba sangre de él, pero por la tensión de la piel al su alrededor se adivinaba que la herida no era pequeña. Lanzó una exclamación de asombro, mientras se ponía en pie.

Y en ese momento, la muchacha se tapó los ojos con las manos y se puso a llorar.

—No tengo salvación. Esta herida se necesariamente mortal, porque se está produciendo gangrena. Pero está calculado que tardará todavía una semana en llegar el fin.

Bruce meneó la cabeza de un lado a otro, incrédulo.

—Es absurdo. ¿Quién puede dejarte morir así? ¿Qué diablos haces tú encerrada en esta casa?

Se habían sentado uno frente al otro. Bruce ya no tenía sueño, e incluso se había olvidado de que él estaba herido también. La mujer, cuyo rostro presentaba nuevamente una inquietante palidez, hablaba sin mover los labios y con la fatalidad de una esfinge. Se adivinaba claramente que estaba resignada a una muerte de la que sabía que no se iba a poder librar.

—Habrás oído hablar de Tom Ruggles, ¿no?

—Sí, nada más llegar a la ciudad oí ya ese nombre. ¿Quién es?

—El único dueño de casi toda esta tierra. Suyas son las casas de juego de la ciudad, que es el centro de corrupción de una extensa comarca. Sus pistoleros son gente escogida y componen un verdadero ejército. Los que tú acabas de matar forman parte de él. Campbell, a quien consideran un desprestigiado, también.

—De acuerdo, Tom Ruggles es el dueño de esta comarca. Pero ¿qué tiene eso que ver contigo?

La mujer cerró un instante los ojos.

—Él es quién ha ordenado mi muerte.

—Pero ¿por qué? Y, sobre todo, ¿a qué tantos rodeos? ¿Por qué no te alojó un cargador entero en la cabeza y en paz?

—Tom Ruggles, no es más que un miserable cuatrero hace unos años —explicó la muchacha en voz muy baja, casi inaudible—. Y el origen de su fortuna está en un filón de oro que encontró mi padre. Tom Ruggles, que era una especie de lobo solitario, se enteró del secreto que mi padre guardaba celosamente y buscó el modo de asesinarlo. Lo consiguió, una noche, cuando mi padre se dirigía a la vecina ciudad para estar allí a primeras horas de la mañana y depositar en el Banco varios saquitos de polvo de oro. Le robó, tras matarle por la espalda, y no sólo eso: como la mina no estaba denunciada, la inscribió a su nombre. En dos meses la agotó. Mi madre dio parte al *sheriff*, pero fue asesinada también por el mismo Ruggles cuando volvía de tal gestión. En cuanto a mí…

Su voz se quebró. Bruce, con los ojos entrecerrados, la animó tomándola de un brazo.

—Sigue.

—A mí, me persiguió por otros motivos. Le gustaba. Y como no era más que una débil mujer que no podía siquiera tratar de vengarme, me persiguió dos veces para tratar de ultrajarme. Entonces y a pesar de haberse convertido en un hombre

fabulosamente rico, aún seguía siendo un lobo solitario. No consiguió sus propósitos, pero yo comprendí que tendría que marcharme de aquella tierra. Lo hice y huí al Norte, a, Montana, pero allí una mujer sola tampoco podía vivir. Mis recuerdos me hicieron volver a Nuevo México, y entonces encontré de nuevo a Ruggles. Fue en Shakerlonis, en la feria de ganado. Me raptó y me trajo hasta aquí.

Supe, entonces que era el dueño de la ciudad, y que su palabra era ley en toda esta tierra. Había sabido obtener de su dinero y su falta de escrúpulos un provecho que ni él mismo debía de esperar. Y una vez aquí quiso otra vez insistir en sus propósitos.

Rechinaron los dientes de Bruce, sin que él se diera cuenta.

—¿Lo logró?

—Esta herida es la prueba de que no pudo conseguir nada. Llegó incluso a dispararme con su revólver, a quemarropa, furioso por resistencia. Y yo, a pesar del dolor. Le grité que si vivía diría a todos qué clase de reptil era. Esto acabó de enfurecerle, pues una de las características de los hombres como él, es que, una vez llegan a determinada altura, odian encontrarse con su pasado y les horroriza pensar que alguien pueda dar a conocer lo que hicieron.

Bruce recordó a los hombres que le habían perseguido en Río Soledad, pero guardó silencio. Sólo se mordió los labios un instante.

—He dicho que Tom Ruggles es el dueño de la ciudad y eso no es exacto —continúo la muchacha—. Aún hay un hombre que puede compararse a él en fortuna, el cual es dueño de las acciones del ferrocarril, y otros negocios honrados. Ese hombre tiene el apellido ilustre y una hija muy hermosa. Ruggles aspira a hacerse con las dos cosas mediante un matrimonio ventajoso, por lo que le gusta rodearse de cierta aureola en la cuidad. Imagínate cómo reaccionó al oírme decir que iba a explicar a todo el mundo, si vivía, cómo fue su pasado. Me abofeteó hasta hacerse daño en las manos y luego me hizo traer aquí. No puedo salir de la casa, como habrás observado, y ésta está vigilada. La herida necesita intervención de un cirujano, pues tengo aún la bala en el interior, y se va en gangrenando poco a poco. Mi muerte es lenta, como la de un pobre caballo cojo a quien abandonan en el desierto. Sé que no puedo recibir ninguna clase de ayuda, porque Ruggles hizo expulsar incluso al único médico honrado que había en la población,

sustituyéndolo por otro. Si no me equivoco, ayer debía verificarse el cambio. Y yo ya llevo cuarenta y ocho horas aquí, muriendo un poco cada minuto.

Bruce Cardigan sintió que se le había secado la boca. Había visto muchas cosas en su largo vagabundear a través de cinco estados, pero ninguna como aquélla.

Condenar a una muerte lenta y horrible a una mujer como Janet, hacer que tuviese tiempo para hundirse en las más negras simas de la desesperación, permitir que al mismo tiempo sirviera de diversión a unos hombres como los que había tenido que matar, era una crueldad que escapaba a su comprensión y le había sentir una sorda y devoradora rabia. Tomó a Janet por ambos brazos, apretándolos fuertemente, y aseguró:

—Todo esto no es posible. Te salvarás. Puedo atenderte, aunque sea de una forma provisional. Yo mismo te extraeré la bala.

Janet sonrió tristemente, con una especie de cansancio.

—¿Acaso eres tú cirujano, Bruce?

—No, pero he hecho cosas más difíciles durante la guerra.

Los labios de Janet se acercaron a su rostro. Le incitaron con una sonrisa con una caricia que ya no había de repetirse, le ofrecieron el beso que ya nunca más volverían a dar.

Bruce se dio cuenta de que aquello era una despedida, pero no quiso dejar vía libre a sus sentimientos. Apretó los dientes u ordenó:

—Vamos, siéntate en esa silla y veamos la herida.

Rasgó un poco más el vestido de la mujer, descubrió el vendaje por el completo y, lo arrancó hábilmente. Sus ojos se entrecerraron al ver que la herida tenía un tétrico aspecto. Causada cuarenta y ocho horas antes y sin haber recibido más cuidado que aquel vendaje, para disimularla, era evidente que sólo un cirujano muy hábil podría salvar a Janet. El orificio de entrada estaba cerca del seno derecho y, desde luego, no había orificio de salida. Bruce se mordió los labios al comprobar que jamás podría extraer por sí solo una bala tan profundamente clavada como aquélla.

—¿Dices que Ruggles ha hecho traer un nuevo médico a la población? —preguntó.

—Sí. Un cómplice suyo. Me negaría cualquier clase de ayuda, aun en el caso de que yo encontrara la forma de pedírsela.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—No lo sé. Pero ¿qué clase de locura pretendes, Bruce?

—La población más cercana está a un día de marcha llevando buenos caballos. No podemos perder todo ese tiempo. Es necesario que yo vaya ahora a la ciudad y traiga a ese médico, le guste o no —afirmó con decisión—. Y con dos buenos revólveres como los que voy a llevar.

Ella le apretó los hombros. Un rictus de sorda desesperación se hizo patente en sus labios.

—¡Bruce, eso es una locura!

—No temas. Y, además, todo esto no lo hago por ti, hermana. Haría lo mismo por un caballo que estuviese sufriendo. Me llevaré a nuestro amigo Campbell para que me sirva de guía en la ciudad.

Arrastró por los pies al prisionero, sin preocuparse demasiado por sus gruñidos, y salió de allí tras dirigir una última e indiferente mirada a Janet. Un instante después, se oía el piafar de los caballos que habían traído los dos muertos. Y en seguida, un trote largo en dirección Oeste.

CAPÍTULO VI

DIEZ CENTAVOS POR SU VIDA

El hombre miró el negro orificio de cañón del revólver. Parpadeó, mientras un fuerte temblor recorría sus dientes.

—¿Por dónde ha entrado? ¿Quién diablos es usted?

—Me llamo Bruce Cardigan.

Aquel nombre exacerbó el pánico del amenazado. Bruce levantó el revólver un poco más.

—Tengo entendido que usted es el nuevo médico de Julesville. ¿Me equivoco?

—Ci… cierto. Soy el nuevo médico.

—Y qué, además, es un hombre de confianza de Tom Ruggles.

—El… el señor Ruggles me paga para que atienda a sus hombres cuando están heridos. Eso es todo.

—Hay cerca de aquí una mujer que está herida de gravedad. Usted vendrá conmigo y la atenderá. Tengo dos caballos ahí fuera.

—¡Pero está, loco! ¡Cualquiera de los hombres de Tom Ruggles puede vernos! Y entonces moriremos los dos, ¿no lo comprende? ¡Moriremos los dos!

El médico parecía acometido por un violento pánico. Bruce, sin más preámbulos, le clavó e cañón entre las costillas y le hizo andar.

—Desobedezca y le aplicaré la única medicina que yo sé aplicar. Le aseguro que no sufrirá mucho.

Fuera de la casa, en la parte trasera, había dos caballos. El médico percibió en la oscuridad su resoplido nervioso y caliente.

—Hay una cosa que no entiendo. ¿Quién le dio mi nombre? ¿Quién le dijo que yo iba a vivir aquí?

—Un tipo llamado Campbell. Es uno de los secuaces de Ruggles y por el momento no nos molestará. Lo he dejado amarrado a un árbol para que pase allí la noche.

—¡Pero lo encontrarán, a más tardar cuando amanezca! Todo eso son locuras, y de seguir por ese camino estará usted muerto dentro de pocas horas. Mientras que sí huye puede salvarse aún. Tiene un buen caballo, ¿no? Pues, ¿a qué espera?

Aquel hombre hablaba impulsado por el miedo, pero Bruce no dejó de reconocer que tenía razón. Si él emprendía ahora el galope en uno de los caballos, ¿quién iba a encontrarle? ¿Quién sería capaz de darle alcance cuando los hombres de Tom Ruggles se pusieran en movimiento?

Le bastaría golpear al médico y atarle y amordazarle dentro de su propia casa. O bien llevarlo hasta el cercano bosque y amarrarlo a un árbol como a Campbell.

Pero había algo que le impulsaba a no hacerlo. Algo que Bruce no quería confesarse, porque era un sentimiento en el que no deseaba creer. Como antes, dejaba que una mujer pusiese en peligro su vida. Una mujer que luego, cuando estuviera a salvo, no daría ni diez centavos por su piel.

—¡Vamos! ¡Suba y no hablemos más! ¡Me entran ganas de apretar el gatillo cuando se me seca la lengua!

El médico no intentó ya convencerle, ni quiso probar fortuna pidiendo auxilio. La fama de Bruce Cardigan era demasiado expresiva para que se atreviese hacer eso.

Montaron ambos y pusieron en seguida los caballos al galope. Pero en el momento de hacerlo, alguien le vio.

La mujer dormitaba, azotada por la fiebre. Se despertó con un sobresalto al oír las cercanas pisadas de los dos hombres.

—¡Bruce!

—Quieta. Este hombre te atenderá. Es el médico que Ruggles trajo a Julesville. ¡Vamos! —ordenó, dirigiéndose al galeno—. ¡Actúe!

La herida de Janet estaba casi al descubierto. El médico la examinó y puso mala cara.

—Veintiocho horas más tarde y ya no hubiera habido posibilidad alguna de salvarla. Y aún ahora no sé.

—En efecto, puede que no se salve, amigo, pero lo sentiría por

usted. Me sabría muy mal tener que pagarle sus servicios con seis plomos en la cabeza.

Bruce no pensaba cumplir esa amenaza, ni mucho menos, pues su intención era salir de allí en compañía de Janet, apenas estuviese hecha aquella primera cura.

Pero habló así para que el médico pusiera toda su atención y toda su ciencia en ella, pensando que le tendría allí encerrado hasta que la mujer sanase.

Y así lo hizo. Dominado por el miedo, realizó una perfecta extracción de la bala y limpió y vendó cuidadosamente la herida. Janet no gritó una sola vez, pero se desmayó con frecuencia a causa del dolor. Por fin, cuando ya la estaban vendando, dirigió a Bruce una mirada cargada de vergüenza y volvió el rostro en otra dirección.

—Muy bien —dijo, él, cuando el médico hubo terminado—. ¿Cree que podrá cabalgar?

—Podrá, pero no respondo de la herida. Y el mayor peligro está en un desvanecimiento que la haga caer del caballo.

—Perfectamente. En tal caso, nos marcharemos de aquí y yo la llevaré sobre mi silla. Queda usted libre, amigo.

El médico suspiró aliviado. Pero su suspiro quedó cortado en seco.

Un numeroso grupo de jinetes se acercaba a la casa de la llanura. Avanzaban sin tomar sin tomar ninguna precaución, y el ruido sordo de los cascos, parecía llenar la noche. Por el rumor se adivinaba que no eran menos de diez hombres. Una inmensa palidez cubrió el rostro de Bruce Cardigan.

—Son los pistoleros de Tom Ruggles. Alguien ha debido vernos, cuando salimos de Julesville.

Janet se mordió los labios hasta hacerse sangre en ellos. Su mirada, donde no se advertía el menor asomo de esperanza, envolvió la figura de Bruce Cartdigan.

—¡Huya! ¡Puede que todavía esté a tiempo! ¡Huya!

Bruce hizo un rapidísimo cálculo, basándose en la intensidad con que el ruido llegaba hasta él. Los jinetes debían encontrarse a una media milla de distancia, de modo, que, si ahora mismo montaba y salía galopando, aún les llevaría una buena delantera. ¡Al diablo Janet, al diablo el medicucho y al diablo todo lo que no

fuese su propia piel! Tan poco era lo que tenía que agradecer a los demás, que arriesgarse por cualquiera de ellos sería una verdadera estupidez, o más aún, una locura. Pero, sin embargo, se sorprendió moviendo la cabeza de un lado a otro, negativamente. Se sorprendió a sí mismo, diciendo:

—Abandonarte a merced de esos tipos sería una cobardía. Y a mí me han llamado muchas cosas hasta ahora, pero aún no me ha llamado nadie cobarde.

Janet se había acercado ansiosamente.

—¡Bruce, tú estás loco!

—No tiene importancia. Yo me divierto haciendo estas cosas. ¡Monta en un caballo y sal de aquí, pronto!

—¡Tú vendrás conmigo!

Los jinetes se dividían en ese momento para rodear la casa. Bruce casi la zarandeó a la mujer.

—¡Si huimos a la vez no se salvará nadie! ¡Lárgate tú, mientras yo los mantengo a raya! Puedo hacerlo durante diez minutos al menos.

El médico, viéndose distraído, había tratado de ganar la puerta. Bruce se movió con fantástica rapidez y le asestó dos culatazos en la nuca, desplomándolo. Luego enlazó por la cintura y la arrastró.

La montó a la fuerza sobre uno de los caballos, dando un golpe en las ancas del animal y obligándole a emprender el galope. Los jinetes de Ruggles estaban ya muy cerca, pero por el otro lado de la casa. Los que se aproximaban dando la vuelta estaban todavía a una respetable distancia y no pudieron ver nada ni oír los cascos del caballo en que huía la muchacha, porque se lo impidió el estrépito que causaban los suyos propios.

Bruce saludó a Janet con un gesto de su brazo, sonriendo secamente, y luego volvió al interior de la casa.

Cierto que no volvería a ver más a aquella mujer.

Podía considerarse terminada aquella aventura que, a pesar de todo, tuvo algo de hermoso. Aquella aventura en la que dejó los últimos restos de generosidad humana.

Los jinetes se aproximaban en todas las direcciones, y aunque no eran diez, sino ocho, cualquier persona medianamente experta en el manejo de las armas se habría dado cuenta de la lucha no ofrecía final dudoso. Aún hubiese cabido alguna esperanza de tener la casa

una sola entrada, pero si los asaltantes no eran muy tontos, empezarían a desclavar a la vez los tablones de varias ventajas y él quedaría más cazado que una liebre en un cepo.

Hizo varios disparos a la vez, para ganar tiempo y obligar a sus enemigos, a dispersarse. Eso era en cuanto podía hacer.

Los jinetes se perdieron rápidamente por entre las sombras de la noche. Instantes después, todos reaparecieron, pero sin sus caballos y ofreciendo mucho menos blanco. Una nutrida salva de balazos se abatió sobre la casa.

Tal como había supuesto Bruce, algunos de los pistoleros se dedicaron inmediatamente a desclavar las ventanas. De este modo podrían penetrar varios a la vez en la casa, y Bruce no tendría ninguna posibilidad de defensa. Ni uno solo de ellos se arriesgó a acercarse a la puerta, aunque la mantuvieron abatida por el fuego de las armas.

El joven recargó tranquilamente los revólveres mientras trataba de pensar en otra cosa. Por ejemplo, en lo hermosa que era Janet, a la que no volvería a ver, o en lo distinta que pudo haber sido su vida de no haber conocido a la pérfida Luz. Ahora todo iba a terminar y en este momento Bruce Cardigan no sentía ningún miedo, sino que una fría tranquilidad iba penetrando en él hasta dejarlo insensible a todo.

Oyó como cedía una de las ventanas a su izquierda, y vacío sobre ella la mitad de un cilindro. Se oyeron maldiciones y gritos, y luego un silencio absoluto reinó en aquel lado. Bruce, dedujo que debía haber tocado a uno de los asaltantes, arrastrándose ahora los otros por el suelo para ganar la puerta. Sobre ésta continuaba lloviendo el plomo que alguien disparaba desde el segundo refugio de unos árboles cercanos.

La ventana de otra de las habitaciones cedió. Bruce corrió hacia la puerta intermedia y comenzó a disparar frenéticamente contra el hueco. El primero de los que pretendían saltar cayó con la cabeza atravesada. Otro hizo crepitar su revólver y obligó a Bruce a refugiarse, quien soltó el arma de su mano derecha para empuñar la que sostenía con la izquierda.

No se dio cuenta de que alguien acababa de entrar por la puerta exterior. Atento el peligro que para él representaba la ventana, le fue imposible responder a los que atacaban por el otro lado. El

suave ruido de un percutor al alzarse a su espalda fue lo que le hizo comprender que estaba perdido.

—¡Cuidado! ¡Ruggles lo quiere con vida…!

Bruce fue a volverse, con el dedo en el gatillo, pero algo muy duro se abatió sobre su cabeza. Se doblaron sus rodillas y cayó al suelo sin lanzar un solo gemido.

Antes de que llegara a desplomarse por completo, la culata golpeó otra vez su cráneo.

Seis hombres llegaron inmediatamente junto a él, con los revólveres amartillados.

El representante de la ley de Julesville, se acercó y se detuvo a Bruce Cardigan.

—Levantadle la cabeza. Dejadme que lo vea.

La torsión de los brazos disminuyó un tanto y Bruce pudo erguir el tronco. Miró cara a cara al *sheriff*, quién también clavó sus ojos en él.

El *sheriff* se volvió hacia Ruggles. Su expresión no reflejaba contento ni disgusto alguno. Era tan indiferente como la de un hombre que está dormido. Y Bruce adivinó en seguida que aquel hombre era un fiel cumplidor de su deber, y aunque le enviase a la horca, lo haría sin odio. Eso le consoló, aunque el consuelo fuese estúpido.

—Le he hecho llamar para entregarle al prisionero, *sheriff* —dijo Ruggles, poniendo ambas manos en sus solapas—. Sabe que es mi norma acatar la ley, y que coopero con ella siempre que me es posible. Llévese a este tipo y aplíquele el castigo que merece. Naturalmente, renuncio a la recompensa en favor de las instituciones benéficas de la ciudad.

El *sheriff* lo contempló con una sonrisa helada.

—Es esta ciudad no hay más que una institución benéfica, señor Ruggles, y es la enfermería con sus dos camas que usted tiene para uso exclusivo de sus pistoleros. De todas formas, muchas gracias por su generosidad.

El *gentleman* encajó mal el golpe. La sonrisa de superioridad que florecía en sus labios, se fue apagando poco a poco, siendo sustituida por su peculiar muesca de asco.

—¿Debo entender que no acepta usted que le entregue ese hombre? —preguntó estupefacto—. ¿O a qué viene esa actitud de

tipo a quien le deben dinero? ¿Qué se ha creído?

—Yo no me he creído nada, señor Ruggles. Y tengo mucho interés en que Cardigan penetre en mis calabozos, porque se ha dado la circunstancia de que el *sheriff* de Río Soledad se ha interesado también por su captura. Pero no me diga que todo esto lo hace por servir a la ley.

Bruce levantó la cabeza.

—¿Tan sólo el *sheriff* se interesa por mi captura? ¿No andan también en esto un tal Haskins y una víbora llamada Luz?

—Haskins, uno de los hombres más influyentes de Río Soledad, viene hacia aquí —declaró el *sheriff*, volviendo la cara—. Le acompañan Wonder y una mujer. Todo eso me ha sido comunicado por telegrama hace apenas unos instantes.

Bruce Cardigan tuvo una reacción que nadie esperaba ya. De repente, movió ambos brazos y derribó por el suelo a los dos hombres que le sujetaban. Trató entonces de dar media vuelta y llegar hasta la puerta, pero uno de los que habían sido derribados le hizo la zancadilla con el pie. Bruce no pudo evitar la caída y rodó por el suelo de forma espantosa. Quiso levantarse, llevándose ambos manos al costado herido, pero un *jab* de izquierda lanzado por Ruggles le hizo rodar nuevamente por encima de las tablas que formaban el suelo. Después de aquel esfuerzo, Bruce no fue capaz de reaccionar nuevamente y varias manos cayeron con violencia cobre su rostro, sus brazos y sus hombros. A empujones fue colocado frente a Ruggles.

—¡Rompedle los brazos! —gritó Ruggles—. ¡Rompédselos de una vez!

Sus secuaces empezaron a realizar la torsión, apretando los dientes a causa del esfuerzo, pero el *sheriff* les detuvo con un enérgico ademán.

—¡Quietos! —Y luego se volvió hacia Ruggles—. ¿Puede saberse por qué odia tanto a este hombre? Al venir aquí creí que usted sólo quería adquirir prestigio en la población, pero ahora me doy cuenta de que también el odio le impulsa a hacer todo esto. Y repito, ¿por qué?

—Ese tipo ha ayudado a escapar a Janet Merlin —dijo entre dientes Ruggles—. Y a pesar de sus órdenes, *sheriff*, haré que le rompan los brazos si no nos confiesa en qué dirección escapó.

—En lo de Janet Merlin no me atreví a intervenir —susurró el *sheriff*— porque, oficialmente yo ignoraba que estuviese dentro de este condado. Usted me dijo que se había marchado de la población, y aunque mi deber era otro, yo lo creí para no crearme demasiadas complicaciones. Pero ya que me ha hablado sobre ella, bueno será que insistamos en el tema, Ruggles. Si esa mujer aparece en Julesville, mi obligación será defenderla.

—Me importa poco lo que usted piense, *sheriff* —silbó Ruggles cambiando de actitud—. Haré que este tipo pague y haré que Janet pague, ¿comprendido? ¡Y soy yo quién dicta la ley aquí, ni usted ni sus cuatro infelices agentes lograrán imponerme otra! ¡Vamos! ¡Rompedle los brazos al prisionero!

Bruce que otra vez crujían los huesos y apretó los dientes para no gemir. Al menos perdería en sentido sin dar a Ruggles esa satisfacción. Pero en ese momento oyeron todos como se abría la puerta, al fondo de la sala. Y Tom Ruggles abrió unos ojos como platos cuando una voz dijo:

—No le atormentéis. Estoy aquí.

Bruce estuvo a punto de lanzar un grito. Porque aquélla era la voz de Janet.

CAPÍTULO VII

UNA MUJER DIFERENTE

Sí, aquí estoy, Ruggles. Puedes guardar tu crueldad en uno de tus bolsillos de tu elegante levita y sacarla únicamente cuando estés a solas conmigo. No es necesario que martirices a ese hombre.

Bruce logró volver la cabeza para mirarla y a pesar del dolor esbozó una sonrisa.

—¿Martirizarme, hermana? Es ahora cuando empezaba a encontrar divertida la cosa…

Tom Ruggles fue a propinarle un puntapié, pero el resultó fue más rápido. Sus dos piernas fueron a chocar violentamente contra el estómago de *gentleman* que cayó aparatosamente al otro lado de la mesa lanzando un alarido. Sus secuaces reforzaron la presa, pero Bruce hizo una hábil finta y rodaron los tres por el suelo.

Aunque estaba dominado y no podría escapar, haría que sus enemigos lamentasen el haberle conocido. Un nuevo golpe en la cabeza le dejó semiinconsciente, con la boca entreabierta a causa del dolor y la fatiga.

—Soltadle —gimió Janet—. ¡Soltadle!

Bruce la miró. Y hubo en su mirada la misma expresión de lejanía e indiferencia con que la examinara hasta entonces.

—No te preocupes tanto por mí, hermana, que a lo mejor me haces llorar.

La mujer se mordió los labios tan fuertemente que se hizo sangre en ellos.

—¡No me importa que lo que pienses de mí! ¡Bruce, ni me importa nada tu maldita obcecación! ¡He venido a entregarme

porque no quería que tú pagarás por mí! ¡Y una vez cumplido ese deber que me imponía la conciencia, lo que creías tú no me importa absolutamente nada!

Trataba de mantener firme la voz, pero ésta se cortaba a causa de los sollozos. Bruce cerró los ojos y trató de no mirarla. ¿Por qué sería aquella mujer tan distinta a Luz? ¿Sería ella una mujer diferente?

No, no lo era. O, al menos, no quería creer que lo fuese. Porque Bruce Cardigan había perdido toda su fe en la vida y en el amor cuando se levantó la tapa de féretro que debía contener a Luz.

—¡Basta! —gritó el *sheriff*—. ¡Esta situación es absurda! Como representante de la ley de Julesville debo hacerme cargo del prisionero, y en cuanto a Janet Merlin, quedará detenida también mientras se pruebe su intervención en estos últimos sucesos.

El *sheriff* entró en su oficina sin dejar de encañar a los dos prisioneros. En esa oficina había dos celdas con sólidas puertas de barrotes.

—Entrad ahí. Vais a tener alojamiento los dos por ésta y otras noches. Primero la muchacha.

Sin bajar el revólver, el de la estrella sacó un manojo de llaves y las lanzó hacia Bruce para qué éste las cazara al vuelo.

—Abre tú mismo, amigo. Y si te entran tentaciones, recuerda que tengo un revólver en la mano.

Bruce obedeció, abriendo una de las celdas. Janet penetró en el interior y se dejó caer sentada con un gesto de abatimiento total, encima del camastro.

—He de reconocer que su gesto ha sido admirable, muchacha —manifestó el *sheriff*—. Pudiendo escapar y llegar a cualquier poblado vecino, ha vuelto usted para entregarse a Ruggles con tal de salvar a este hombre.

—Él me salvó la vida a mi primero —susurró ella, sin levantar los ojos.

Bruce parecía molesto por esa conversación. Apretó los labios.

—Si ha habido aquí algún comportamiento admirable ha sido el suyo, *sheriff*. No ha vacilado en ponerse mal con Ruggles con tal de evitar la muerte de esa mujer. ¿Sabe ya en qué clase de avispero se ha metido? Ruggles lo eliminará y pondrá en su lugar a un hombre de su confianza. Creo que lo mejor que puede hacer es ir

despidiéndose de la estrella, amigo.

El *sheriff*, sin bajar una pulgada el revólver, se pasó el dorso de la mano izquierda por su frente sudorosa. Hubo en aquel ademán un gran cansancio y una inmensa pesadumbre, cosas ambas que no pasaron inadvertidas por el ojo experto de Bruce Cardigan.

—Eso tenía que llegar un día u otro. He tratado siempre de imponer mi autoridad sobre los pistoleros de Ruggles, pero al fin me he convencido de que eso es imposible. Y como no estoy decidido a ser un fantoche en esta ciudad, más valdrá que acabemos de una vez. O sus pistoleros o yo. Esta noche, probablemente, habrá de decidirse todo.

Bruce Cardigan miró al *sheriff* con sus ojos de hombre que conocía bien el Oeste. Y se dio cuenta que el de la estrella era demasiado viejo para enfrentarse, ni siquiera durante diez minutos, a los pistoleros del cacique. En cuanto empezaran los disparos el *sheriff* caería. En realidad, aquel hombre aceptaba ya de antemano su derrota como una cosa inevitable.

—¿Cuántos agentes tiene usted, *sheriff*? —preguntó Bruce.

—Cuatro. Pero ninguno me apoyará cuando me enfrente a Tom Ruggles.

—Por consiguiente, está solo en la ciudad… ¿y pretende enfrentarse a esa cuadrilla?

—Mire, amigo, estamos hablando demasiado —murmuró el de la estrella—. Abra ahora esa segunda celda y trate de imaginar que está en el mejor hotel de Julesville. Todos saldremos ganando con eso.

Bruce, sumisamente, introdujo una llave en la cerradura, abrió la puerta y luego volvió a sacar la llave, sin duda para arrojar el llavero al suelo, como lo había ordenado el *sheriff*. Pero en lugar de eso hizo algo inusitado, que en el primer instante pareció un suicidio, pero que luego se reveló como una maniobra perfectamente calculada y realizada con la mayor frialdad.

En lugar de tirar el llavero al suelo, movió el brazo y lo proyectó con terrible ímpetu contra la cara del *sheriff*. Y apenas había recibido éste el golpe cuando ya el joven se arrojaba hacia su cintura en un rápido vuelo, tendiendo una mano hacia el revólver que le amenazaba.

Sin haber logrado disparar, pues Bruce acababa de hacerle saltar

el arma de su diestra, el *sheriff* cayó, lanzando una ahogada maldición. Bruce quedó sobre él, conteniendo un gemido, pues la herida le dolía de nuevo, e hizo una ágil torsión para apoderarse del revólver que había quedado en el suelo a unos pasos de ellos. Antes de que el *sheriff* pudiera darse cuenta, de que había sucedido, ya, Bruce, había realizado su maniobra con una rapidez endiablada, se vio encañonado por su propio revólver.

—¡Maldito! —masculló—. ¡Esto te costará la horca!

—Estoy condenado a la horca desde hace mucho tiempo, *sheriff*, y la idea ya no me causa la menor impresión. De modo, que puede ahorrarse palabras y así se cansará menos. ¡Póngase en pie, y recoja usted mismo las llaves!

El de la estrella obedeció. Sus ojos despedían fuego.

—No necesito decirte que esto agrava definitivamente su situación, Cardigan.

—¡Estás loco! —susurró Janet, pegándose a los barrotes—. ¡Estás loco! ¡Bruce, porque a pesar de hacer esto sabes perfectamente que no podrás salir de Julesville!

Bruce la miró a los ojos y una sonrisa cuadrada apareció en sus labios.

—Cállate, nena.

El *sheriff* se había puesto en pie, comprendió que no le quedaba más recurso que obedecer y tras recoger las llaves puso una de ellas en la cerradura de la celda contigua a la de Janet. Luego él mismo pasó al interior, sentándose en el camastro.

—Ya medirá lo que piensa hacer usted, Cardigan. Sí lo que ha decidido es matarme, hágalo pronto; es lo único que le pido.

—He decidido no matarle, *sheriff*, al menos por ahora. Pero puede que cambie su opinión si usted se mueve demasiado. Lárgueme su cinturón. ¡Vamos, pronto!

El *sheriff* obedeció, pasando el cinto con munición a través de la reja. Bruce se lo puso lentamente, para que no se resintiera su herida.

—Tú vas a salir de aquí, Janet.

—¿Cómo?

—Ya que no hay peligro de que te fugues, no hay tampoco necesidad de que estés entre rejas. Vendrás conmigo.

Abrió la puerta de Janet, tras cerrar la correspondiente al *sheriff*,

y la muchacha salió. Un intenso rubor cubría su rostro.

—¿Qué pretendes?

—Eso no importa. No tienes más remedio que obedecer.

Hizo un saludo al *sheriff* y salió de la oficina, tras apagar la luz. Una vez fuera cerró también la puerta exterior, valiéndose de una de las llaves del manojo.

La oficina del *sheriff* quedó a oscuras y silenciosa como el interior de una tumba.

—Vamos, echa a andar.

Janet obedeció. Se movía aún, dificultosamente, pero había mejorado mucho desde que le hicieron la cura. Bruce iba tras ella con el revólver en la funda, caminando lentamente y buscando las zonas de oscuridad.

Como si la tormenta se presagiase, nadie circulaba ahora por la calle, y sólo del interior de los establecimientos partían voces y gritos. Ambos jóvenes se movían como dos sombras silenciosas una tras otra.

Bruce Cardigan miró a Janet. Y a pesar de estar convencido que ésta era la última noche de su vida, no dejó de pensar en lo hermosa que era aquella mujer.

En lo bello que hubiera sido conocer sus besos, su voz acariciante en un momento de soledad, las palabras de amor nacidas en su boca. Con una sonrisa triste y despectiva en sus labios, Bruce trató de alejar estos pensamientos que a nada conducían, puesto que Janet jamás sería suya. Ni ella ni ninguna mujer.

Y en ese momento la muchacha se volvió. Sus ojos dulces y acariciantes le envolvieron en una mirada que pareció llenar la noche.

—Bruce, si quieres hacer una la locura que yo imagino, déjame que te ayude. Deja que esta noche sea la última para los dos. ¡No puedo quedarme sola en Julesville!, ¿no lo comprendes? ¡No puedo!

Se acercó a él. Sus pequeñas manos estrujaron nerviosamente la camisa del hombre.

—Bruce, no puedes abandonarme hoy.

Estaban solos en la calle, bajo la penumbra de uno de los porches, y tenían en este momento la sensación de estar solos en el mundo. El aliento de la muchacha quemó las mejillas de Bruce.

—No me dejarás sola. Te seguiré adonde vayas —dijo tercamente, ella.

El pistolero la apartó de un suave movimiento y echó a andar delante. Se dirigió en línea recta a la entrada de un gran almacén de forraje. La oscuridad reinaba en el interior y sólo había un lugar donde una ventana dibujaba una pequeña zona de penumbra.

Bruce entró, seguido de Janet.

Grandes pacas de forraje se alineaban en las paredes. Un olor espeso y caliente llegaba desde todos los rincones, envolviéndolos como un cómplice en la oscuridad.

Bruce se volvió.

—Vas a quedarte aquí, Janet.

—¿Sola?

—Absolutamente, sola.

En las facciones femeninas hubo una crispación.

Bruce la vio a pesar de las tinieblas. Y vio también que se entreabrían los labios de la mujer.

—¡No puedes dejarme! ¡Sabes que no puedes!

Janet avanzó hacia él y sus brazos rodearon la cintura del hombre. Éste se estremeció al sentir aquella cosa cálida, viva, tierna, alrededor de su cuerpo. Y tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para decir:

—Ahora debemos despedirnos, muchacha.

La joven se apretó a él. Sus lágrimas resbalaron sobre el pecho de Bruce, deslizándose entre su camisa desabrochada. Sus brazos hicieron la presión más intensa y nerviosa.

—¡Suéltame! —exigió Bruce—. Y tienes que quedarte aquí, ¿me has comprendido?

—¡Iré contigo adonde sea! ¡No te dejaré!

Él la apartó violentamente. Y entonces su mano derecha fue con rapidez al rostro de la mujer, abofeteándola dos veces. Janet cayó al suelo con un débil gemido.

—Adiós, Janet. Y créeme que siento haber tenido que hacer esto.

Iba a salir cuando la muchacha con una insospechada agilidad, se levantó para plantarse ante él. Retrocedió un paso para verle mejor, mientras entreabría los labios.

—Bruce, yo te quiero —susurró.

La confesión tuvo algo de brutal de desesperado.

Fue hecha como si Janet supiera que era lo último que iba a decir en su vida. Apretó luego los labios y un denso silencio se hizo entre los dos. El pecho de la mujer subía y bajaba al compás de la respiración y sus labios continuaban entreabiertos.

Bruce no quería hablar. No quería que de sus labios saliese aquella verdad que les haría daño a los dos, que no podía conducirles, a ninguna parte. Aquella verdad contra la que luchaba con todas sus fuerzas y que, son embargo, le iba venciendo poco a poco. Movió las manos nerviosamente, para en contra de su voluntad, se oyó decir a sí mismo:

—Yo también te quiero. Te quiero con un amor que está condenado desde el instante mismo en que te vi.

Un amor ciego, sin esperanza, sin fe, puesto que mi destino ya está trazado. Hay toda una noche de galope desde aquí hasta la población más cercana y yo no podría resistir una velocidad excesiva. Los pistoleros de Ruggles me atraparían en seguida. Si robásemos un calesín para huir juntos, nuestra velocidad sería aún menor y caeríamos fácilmente al haber dejado huellas en el camino. La alarma estará ya dada, además, en todos los condados de oeste de Nuevo México. Pensar huir es un poco descabellado, Janet, y por eso he decidido quedarme en Julesville. Pero, ya que he de morir, haré que mi muerte sirva para algo. Escucha…

Se acercó un poco más a ella, pero no quiso tocarla porque la tentación habría sido entonces demasiado fuerte. Mirando hacia otro sitio, musitó:

—Los de la banda de Ruggles tratarán de matar al *sheriff*, de eso no hay duda. Lo que ignoro aún es qué procedimiento elegirán para hacerlo sin llamar demasiado la atención. Luego buscarán eliminarte a ti, lo cual piensan ha de serles muy sencillo, puesto que te suponen encerrada en la cárcel. Pues bien, tienes que huir aprovechando el tiroteo que yo provocaré y no detenerte hasta llegar a Río Soledad u otra población cercana. Si vacilas un solo momento lo pagarás con la vida.

Pero antes de huir aprovechando el tiroteo, deberás volver a la oficina del *sheriff* y sacarlo de su celda. Aconséjale que se refugie en algún sitio hasta ver el resultado de la lucha. Si antes de morir he eliminado el suficiente número de sicarios de Ruggles, puede que le convenga intervenir, ya que entonces no correría tanto peligro.

Dejarle ahora libre significaría su muerte. —Hizo una breve pausa y luego suspiró—. Debes aceptar esa única prueba de amor que puedo darte, Janet. Te entrego mi vida. No vale gran cosa porque jamás he hecho algo que mereciera la pena, pero es lo único que tengo. Acepta mi vida en el mismo instante en que otros me la van a arrancar. Y matemos nuestro amor en el mismo instante en que nace, como si fuera uno de esos sueños tan hermosos que jamás se hacen realidad. Esto es cuanto puedo decirte, muchacha, mi más entrañable y dulce compañera.

Le puso una mano en la nuca y la atrajo hacia sí.

Desde este momento, apoyándole la cabeza sobre su pecho, la mantuvo quieta, largo rato, sin hablar, conteniendo su respiración y aun sus mismos pensamientos. Las alas negras de un murciélago les rozaron sin que ellos se dieran cuenta. A lo lejos aulló un coyote.

Bruce sintió que las lágrimas de la muchacha resbalaban sobre su piel.

La apartó de repente. Y puso en sus manos el manojo de llaves que arrebatara al *sheriff*.

—Adiós, Janet. Lamento que hayas tenido que conocer a un hombre como yo.

Volvió la espalda y salió del almacén. La suave claridad de la calle hizo brillar sus ojos, donde se leía una férrea decisión.

CAPÍTULO VIII

UN HOMBRE SóLO

Ocho de los pistoleros de Tom Ruggles se habían reunido en el saloón. Se daba por descontado que aquel número sería suficiente para acabar con el *sheriff* ya no demasiado ágil y acribillar a un hombre y una mujer, que estaban dentro de las celdas, es decir, tan indefensos como conejos encerrados dentro de sus jaulas.

Salieron en grupo a la calle. Tom Ruggles, bajo el porche, dio en voz baja las últimas instrucciones.

—Cinco de vosotros organizaréis una partida en casa de Bud, secretario del juez, y mañana atestiguaréis a quién os pregunte que yo estaba con vosotros. Sherman, Fred y yo iremos a la oficina del *sheriff* y acabaremos con él. Luego haremos lo mismo con los prisioneros. Como el lugar está algo aislado del centro de la ciudad, cuando los disparos llamen la atención y llegue gente, el «trabajo» ya estará concluido. Iremos luego a casa de Bud dando un rodeo. La escena quedará preparada, además, para que todo indique que fue Cardigan al intentar huir, quién hizo los disparos. Le pondremos en la mano un revólver con el que previamente habremos dado muerte al *sheriff*. Todos creerán que Cardigan trató de escapar, disparó contra el *sheriff* y éste contra él, muriendo los dos. En la breve lucha, y dado lo reducido del espacio, una bala perdida alcanzó a Janet. Ésa es la única explicación convincente y la que será aceptada por todo el mundo. Mañana o pasado, cuando los ánimos estén algo apaciguados, haremos elegir un *sheriff* de mi entera confianza.

Los hombres asintieron en silencio, y los dos grupos se separaron

casi inmediatamente. El formado por Sherman, Maxwell y Fred, echó a andar en compañía de Tom Ruggles hacia la lejana oficina del *sheriff*.

El otro grupo fue poco a poco hacia la casa de Bud Person, el secretario del juez, quien no era más que un muñeco en manos de Tom Ruggles.

Ruggles y sus tres hombres llegaron a la oficina del *sheriff*, una casa de mampostería, aislada del resto de los edificios.

Ni una luz brillaba en su interior. El silencio que imperaba allí era el mismo que imperaba en los cementerios.

—No me gusta eso, jefe —susurró Fred.

—Estarán descansando. Al fin y al cabo, es natural, dada la hora. Pero eso hará mucho más fácil nuestra tarea.

Llegaron sigilosamente junto a la puerta, con los revólveres desenfundados. Tom Ruggles se hizo a un lado y ordenó por señas a uno de sus hombres que abriera con la llave maestra. Sherman se encargó de hacerlo.

La cerradura cedió, y la puerta fue empujada. Las tinieblas salieron a recibirle.

—¡Vosotros! ¡Adentro!

Los tres pistoleros pasaron en primer lugar. Tom Ruggles quedó vigilante en la puerta.

—¿Venís a matarme?

Era la voz de Bruce Cardigan; la reconocieron todos. Y se dieron cuenta de que reflejaba un oculto temor.

—¡Venimos a matarte! —barbotó Maxwell ya en el interior—. ¿O creías que te iba a ser fácil escapar de nuestra venganza, idiota?

La misma voz susurró:

—¡No podéis hacer eso! ¡Estoy encerrado!

Tom Ruggles entró también, su habitual mueca de asco se había transformado en una sonrisa de suficiencia.

—¿Y qué mejor sitio que la cárcel para que muera un hombre como tú, Cardigan?

Sabía dónde estaba situada la mesa del *sheriff*, y a tientas buscó el farol de petróleo que siempre estaba sobre ella. Lo encendió y una leve claridad comenzó a extenderse por la pieza.

Y de repente sonó un grito.

Dos de los hombres de Ruggles se arrojaron a tierra, mientras

sentían sus manos agarrotadas por el miedo.

—¿Tanto os asusta volver a verme, angelitos? ¿No habíais venido para eso?

Bruce Cardigan estaba allí, pero no en la celda. Sentado en una silla cuyo respaldo apoyaba contra la pared, balanceaba con indolencia las piernas. Un descomunal «Colt» 45 descansaba en sus manos igual que un precioso juguete.

—¡Cardigan!

¡Disparad, malditos!

—¡No es posible! ¡Ese hombre debe tener un pacto con el diablo!

Las exclamaciones se sucedieron en el breve espacio de un par de segundos. Ruggles, que era más listo que sus hombres, fue el primero en recobrar la movilidad y el primero en hacer algo positivo, al darse cuenta de que Cardigan tenía el revólver amartillado y ya en situación de disparar. Dio un salto hacia la puerta exterior y se perdió por ella, hundiéndose en la penumbra de la calle. Sus tres pistoleros, que se habían arrojado al suelo de una forma instintiva, aún no habían reaccionado de su sorpresa y estaban en este momento enfilados por los suaves movimientos en abanico que hacía el revólver de Cardigan. Maxwell fue el primero en reaccionar.

—¡Disparad, malditos!

Sólo podían triunfar si actuaban los tres a la vez. Si no dejaban que Cardigan se fijara por turno en ellos.

Y los tres a la vez trataron de apretar los gatillos, aun, que Maxwell fue el primero.

Cuando lo hizo, una bala disparada por el «Colt» 45 le había atravesado ya la cabeza.

Sherman y Fred se encogieron a un tiempo, dominados por el horror, y apretaron los gatillos de una forma instintiva y desordenada, atentos más bien a cubrirse que a alcanzar a su enemigo. Éste movió levemente el revólver, dándole un giro de abanico, y dos balas más encontraron alojamiento en la cabeza de los asesinos.

Tom Ruggles había echado a correr. No entendía nada de todo aquello, pero una cosa si le parecía cierta: Bruce Cardigan estaba armado y en libertad. Tendría que movilizar a todos sus hombres para acorralarlo en cualquier lugar de la población como a una rata

rabiosa.

El joven se levantó entonces de su asiento, haciéndolo muy lentamente porque aún le intranquilizaba la herida. El *sheriff*, que estaba encerrado en una de las celdas y que se había medio ocultado bajo el camastro al ver entrar a los asesinos, le miró con el rostro cubierto por una intensa palidez.

—Cardigan, es usted el mismo diablo.

—Gracias, amigo. Pero usted debe saber, probablemente que todos los diablos acaban en el infierno su carrera.

Fue a salir. El *sheriff* trató de sujetarle sacando un brazo por entre los barrotes.

—¿Qué pretende usted, Cardigan?

—No le importa, *sheriff*.

—Pero ¿se da cuenta de lo que está haciendo, loco? Por, ¿qué no intenta escapar de una vez?

—Porque no llegaría demasiado lejos. Y, además, porque no me gusta huir, amigo.

—¡Maldita sea! ¡Pues si lo que intenta hacer es pelear, sáqueme de aquí! ¡Tengo buena vista y dos manos que aún, saben manejar revólveres! ¡Entre los dos podemos deshacer a Ruggles y su condenada banda! ¿No se da cuenta, cabeza de madera?

Bruce le dirigió desde la puerta una sonrisa lejana.

—Mire, *sheriff*, no hay que animarse demasiado porque se haya ganado el primer *round* Este asunto está decidido ya desde antes de empezar y si alguien tiene que morir, supongo que me corresponde a mí. De modo, que trate de dormir hasta que vengan a liberarle.

—¿Liberarme? ¿Quién va a venir a hacerlo?

—Janet Merlin. Ella es quién tiene las llaves. Le dije que viniera aprovechando el tiroteo, para lo cual yo debía haber alejado de aquí todo lo posible a los pistoleros de Ruggles. Pero al ver que venían cuatro hacía la cárcel, he comprendido que me interesaba más sorprenderlos aquí.

Ante el gesto impaciente del representante de la ley, añadió:

—Era natural que el primer golpe lo asestase yo, porque ellos me consideraban indefenso y no habían tomado preocupaciones. Por ahora ya saben que estoy libre y con un revólver en las manos. ¿Qué cree usted que sucederá, *sheriff*? Se admiten apuestas.

Recargó el cilindro y luego salió poco a poco al exterior, tras

apagar de un solo soplo la luz para que su silueta no se destacase al abrir la puerta. Vio inmediatamente que en el pueblo no había la menor animación. Todo el mundo se había retirado a sus hogares al darse cuenta de se preparaba una «fiesta». Y suspiró resignadamente, mientras echaba a andar.

Tom Ruggles, entretanto, había llegado a la casa de Bud, donde había reunido a cinco de sus hombres. Con las facciones bañadas en sudor, les ordenó:

—¡Pronto! ¡Cardigan está en libertad! ¡Tomad las armas!

—¿Cardigan en libertad? Pero… ¡no es posible!

—Preguntadlo a Fred, Sherman y Maxwell. Los tres están muertos. Y ahora salid y parapetaos conmigo a un lado de la calle. Ese hombre ha de pasar forzosamente por aquí y hemos de acribillarle como a una hiena rabiosa…

CAPÍTULO IX

LUCHA A MUERTE

Mientras todo esto sucedía en Julesville, tres personas se dirigían a la población a una velocidad endiablada, que no hubieran sido capaces de superar ni los más veloces jinetes de famoso *Pony Express*.

Los caballos que tiraban del calesín, un soberbio tronco de pura sangre, habían sido cambiados a las tres horas de galope porque ya estaban a punto de desfallecer. En una parada de diligencias, Haskins alquiló otros caballos frescos y los castigó salvajemente para que volaran a través de la llanura. Él había llevado las riendas desde Río Soledad y parecía no sentir la menor fatiga. Pero cuando aquellos caballos de refresco empezaron a galopar a través de la pradera interminable, sintió que le dolía la espalda y tuvo que ser sustituido por el *sheriff* Wonder. Éste hizo también todo lo posible por sacar de los caballos una velocidad suicida.

Luz, reclinada en un rincón del carruaje, miraba a los dos hombres. Sus ojos brillaban en la noche como los de un gato a punto de saltar.

—¿Ahorcarán a Bruce enseguida? —murmuró.

El *sheriff* Wonder se volvió para mirarla.

—¿Tanto le odias? ¿Tanta impaciencia sientes por verle bailando al extremo de una cuerda?

—Le odio como a nadie en el mundo —murmuró Luz, haciendo rechinar los dientes.

Hasnkins hizo ademán de ir a besarla en la oscuridad, pero al fin no se atrevió con el *sheriff* hasta que hubiese concluido el grato

espectáculo de la ejecución de Bruce. Luego había llegado el momento de ajustar cuentas y de hacer que pagase los antiguos insultos.

Eran aproximadamente las dos de la madrugada cuando Wonder se volvió un poco y dijo:

—Se ve una hilera de luces. No puede ser más que una ciudad.

—Julesville —murmuró Haskins, y en seguida repitió, como una obsesión—. Julesville… la ciudad donde Bruce Cardigan aguarda la visita de la muerte.

Eran seis los hombres que aguardaban apostados en la oscuridad, incluido Tom Ruggles. Armados de rifles y decididos a emplearlos son compasión, aguardaban el momento de que Bruce Cardigan hiciera la inevitable aparición ante sus ojos.

Habían elegido un escondite situado en uno de los sitios clave de la población, uno de esos sitios por los que hay que pasar se vaya a donde se vaya. Y aguardaban con impaciencia el momento en que Bruce Cardigan pasaría confiadamente ante los puntos de mira de sus armas. Nada de lucha abierta, había decidido Ruggles, porque el pistolero era demasiado peligroso para eso.

Transcurrió una hora. Y ni Cradigan hizo acto de presencia en aquel lugar ni oyeron el menor rumor que indicase su presencia. Los que acechaban comenzaron a mirarse unos a otros, perplejos.

—Ese tipo ha debido largarse —aventuró uno—. Se habrá apoderado de un caballo y ahora ya estará lejos de aquí.

—O puede haberse refugiado en la oficina del *sheriff*, esperando que nosotros vayamos a cazarle.

—Nada de eso es posible —cortó Ruggles—. En primer lugar, porque frente a la oficina del *sheriff* no había caballos, estando los más próximos en esa cuadra frontera. Y, en segundo lugar, porque a Cardigan no le conviene esperar a que vayan a buscarle. Está herido y sabe, además, que el *sheriff* de Río Soledad va a presentarse aquí de un momento a otro.

—Entonces, ¿dónde, diablos se ha metido? ¿Qué es lo que se le ocurre a un individuo que se halla en sus circunstancias?

—¡Callad de una vez y no os preocupéis por eso! ¡Aparecerá!

Y, Bruce, en efecto, apareció. Pero de una forma bien distinta a como todos esperaban.

Algo brilló fugazmente en el tejado de la casa frontera. Ruggles

fue el primero en darse cuenta y el primero en disparar hacia allí. Hizo crepitar su rifle tan nerviosamente y con tanta insistencia que las detonaciones le ensordecieron. Cuando acabó las seis balas no estaba muy seguro aún de si lo que había visto brillar era el revólver de un hombre o un caprichoso rayo de luna. Se volvió hacia sus pistoleros, sorprendido de que éstos no hubieran disparado, y murmuró:

—Pero ¿a qué esperáis, idiotas?

Los más cercanos a él no contestaron. Estaban tan quietos que parecían muñecos de cera. Los otros tres temblaban, mirándole con ojos donde se leía la más absoluta incredulidad.

—¡Pero, moveos, cerdos! ¡Hay que dar una batida!

Zarandeó al más próximo y entonces notó que una cosa caliente y viscosa impregnaba su mano. Ahogó una maldición al darse cuenta de que acababa de tocar sangre, y de que aquellos dos hombres no podrían volver a moverse más porque estaban muertos, con los cuellos atravesados, casi en el mismo punto, por dos balas de revólver.

Cardigan había disparado mientras él hacía crepitar su rifle. Y notó entonces que un sudor glacial bañaba sus facciones.

Nada brillaba ya en el tejado de la casa frontera. Un silencio espantoso reinaba sobre la calle.

—¡Cardigan estaba ahí y no puede haber ido muy lejos! ¡Vamos a atraparle, malditos!

Sus tres secuaces se movieron cautelosamente. Ahora se daban cuenta de que su jefe no había tenido una idea brillante al colocarlos allí, quietos como momias, pero obedecieron porque en ello les iba la vida. Igual que sombras se distanciaron a lo largo de la calle.

Dos de ellos fueron hacia la izquierda y el otro hacia la derecha. Ocultos tras los recodos, otearon la noche.

El que había avanzado hacia la derecha, solo, creyó oír un crujido de las tablas a su espalda. Se volvió rápidamente, disparando y aullando como un condenado. Bruce estaba tan cerca de él que casi le rozó. Y sólo hizo fuego cuando el otro ya lo había visto e incluso dirigido el revólver contra él.

El pistolero cayó con el cuerpo atravesado. Bruce dio un salto hacia atrás para esquivar la serie que le dedicaba Ruggles. Las balas

del rifle motearon la pared igual que una salpicadura.

Los dos hombres que estaban juntos empezaron a disparar frenéticamente, lanzando un huracán de plomo sobre el lugar en que había estado Cardigan. Éste, pegado al suelo, disparó una sola vez y el más cercano de aquellos hombres cayó haciendo una grotesca pirueta. El otro soltó su rifle y huyó, perdiéndose en las tinieblas, abandonando a su jefe para que éste se las compusiera solo con el pistolero que había eliminado en menos de una hora a toda una nutrida banda. Bruce, que no se sentía muy fuerte, se puso poco a poco en pie. Vio como Ruggles abandonaba su escondrijo y se deslizaba igual que un gato a lo largo de la calle.

Sonrió.

Fue Bruce el primero en hablar:

—¡Detente, Ruggles!

Éste se volvió, disparando con su revólver, y las balas rozaron la cabeza de Bruce. El joven hizo fuego una sola vez, pero erró. Velozmente mientras su enemigo corría, repuso las municiones del cilindro.

Se agazapó al darse cuenta de que el cabecilla había encontrado un buen parapeto, disparando desde allí, Bruce, optó entonces por guardar silencio, sabiendo que eso haría perder los nervios a su antagonista. Y, en efecto, transcurridos un par de minutos, cuando Ruggles iba a largar otra tanda de proyectiles, una bala le rozó la mejilla. El cacique se levantó dispuesto a entrar en cualquiera de los edificios, pero la voz de Bruce Cardigan le detuvo nuevamente:

—¡Quieto, Ruggles!

El fugitivo se dio cuenta de que estaba encañonado.

Si trataba de dar un paso más, Bruce lo atravesaría fácilmente con un solo disparo. Se volvió poco a poco, con el revólver a punto, mientras el sudor helado que ya cubría sus facciones empezaba a gotear por su barbilla.

—¿Qué tienes contra mí, Bruce Cardigan? Yo no he puesto precio a tu cabeza. ¡Dejemos aquí esta cuestión y te daré el mejor de mis caballos!

—No eres más que un cobarde asesino de mujeres, Ruggles.

—Eso a ti no te afecta. Lárgate de aquí y aprovecha tu libertad ahora que la tienes. ¡No esperes a que Wonder y sus acompañantes lleguen a la ciudad!

—Wonder y sus acompañantes me importan poco, Ruggles. Lo que ha de ocurrir, ocurrirá, aunque ellos no vinieran.

Ruggles levantó levemente el revólver e hizo fuego. Veía a su enemigo como una forma inconcreta al fondo de la calle. Y todo brillaba ante sus ojos como en una procesión de fantasmas.

—¡Más serenidad, Ruggles! ¡Esto es un duelo abierto!

Vio cómo Cardigan se despegaba de la sombra protectora del porche. Lo vio moverse poco a poco como un espectro que hubiera de aniquilarle. Oyó que sus dientes castañeaban, pero tuvo la sensación de que esos dientes pertenecían a un ser lejano.

—¡Dispara!

Los revólveres vomitaron llamaradas rabiosamente.

Ruggles disparó hasta que no tuvo una sola bala en el cilindro, hasta que el dedo se le agarrotó. Pero no se dio cuenta que disparaba al suelo. No se dio cuenta de que sus proyectiles formaban inútiles remolinos de polvo, mientras que una botonadura de nueve perlas rojas aparecía en su impoluta camisa.

Cayó sin soltar el revólver, con los dientes apretados, impreso aún en su rostro un salvaje deseo de matar. Y así le sorprendió el fin.

Bruce Cardigan iba a enfundar el revólver, vencido ya su último enemigo, cuando una voz resonó a su espalda.

—¡Quieto, pistolero!

Bruce se estremeció al reconocer aquella voz.

Era la del *sheriff* Wonder.

CAPÍTULO X

TODOS CONTRA TODOS

Bruce se volvió poco a poco. Y vio a Wonder.

Y a Haskins.

Y a Luz.

Era Wonder quien le había amenazado, pero en realidad, era Haskins quien le apuntaba. Dos revólveres estaban amartillados en sus manos, mientras Wonder se limitaba a tener arqueados sus brazos encima de las culatas.

—Entrégate, Bruce —ordenó Wonder—. ¡Hay una sentencia de muerte que pende sobre tú cabeza!

—Y vais a ejecutarla ahora, ¿no?

—¡Vamos a ejecutarla ahora! ¡Tú mismo lo has dicho!

Haskins había enderezado un poco los revólveres, dispuesto a disparar. Pero de una forma inconcebible, fue Wonder el que le impidió usarlos, sujetándole ambas manos. Haskins lanzó una maldición mientras se tambaleaba.

—¡Ese hombre debe ser ejecutado en forma legal! ¡Atrévase a disparar y le detendré a usted, Haskins!

El violento y fanático odio que los dos hombres sentían a causa de Luz, se puso de manifiesto en aquellos decisivos instantes. Los dos rodaron por el suelo, enzarzados en una pelea salvaje, y tan impetuosa que el rodar por tierra hicieron también caer a Bruce, quién estaba a muy poca distancia. Haskins soltó uno de los revólveres y Luz lanzó un grito, mientras corría a empuñarlo.

El confuso montón que formaban los tres hombres se deshizo como por encanto. Tras dar varias violentas volteretas por el polvo,

los tres se levantaron con los dientes apretados y las facciones crispadas a causa del odio. Y en menos de un segundo, los tres se habían enzarzado de nuevo en una fantástica lucha de todos contra todos, buscando cada uno la destrucción del enemigo, sin importarle su propia seguridad.

Bruce, cuya herida sangraba nuevamente, conectó un gancho al mentón de Wonder. Éste vaciló y Haskins le hizo caer de un derechazo al pómulo. Pero aún no había terminado de volver los puños a su posición normal, cuando ya, Bruce, lo castigaba con un *jab* alucinante que lo enviaba también por tierra. Y, vacilante todavía, fue cazado por Wonder, quién se lanzó sobre sus rodillas y le hizo desplomarse, tratando luego de golpearle el cuello con ambos puños.

Luz, con el revólver en la mano, buscaba a Bruce.

Pero le era imposible apuntarle ni un solo instante dada la alucinante rapidez de la pelea.

Decenas de hombres empezaron a salir de los más insospechados lugares y se acercaron al escenario de la lucha. No demasiado, pues era indudable que aquello acabaría a tiros, y, no conviene estar en la posible trayectoria de las balas. Pero su griterío salvaje comenzó a animar a los contendientes.

Bruce arqueó el cuerpo e hizo saltar a Wonder por encima suyo. Antes que él se puso en pie, y cuando el *sheriff* quiso acometer de nuevo, lo pudo recibir ya con dos cruzados a las cejas.

—¡Toma!

Luego un gancho al mentón.

Y por fin un directo a la sien.

Wonder cayó a tierra, aplastado. Bruce, desfalleciente, aún tuvo fuerzas para girar y aplastar sus dos puños sobre el rostro de Haskins, quien ya se aprestaba a descargarle la culata sobre la cabeza. Haskins también cayó a tierra, como fulminado, pero desde allí levantó el revólver.

—¡Había soñado muchas veces en este momento, Cardigan!

Sonó una detonación, Bruce sabía que ya no tenía tiempo de moverse y había esperado la muerte, pero no sintió el menor choque, el menor dolor. Nada. Otra detonación, también a su izquierda. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que era Wonder el que había disparado, y de que una mueca de incredulidad y

estupor aparecía en las facciones de Haskins, mientras un grueso hilo de sangre comenzaba a manar de entre sus labios.

—No me gustan los traidores —masculló el *sheriff*—. Nunca… me han gustado.

Cayó hacia atrás desfallecido, a punto de perder el conocimiento. Y en ese preciso instante Bruce sintió que todo le daba vueltas a su alrededor. Sus rodillas se doblaron y no pudo sostenerse. Cayó de bruces sobre el polvo, jadeando, mientras un sabor ácido le llenaba la garganta. Y Luz, entonces, se movió. Luz, que había visto morir con Haskins todas sus ambiciones, decidió vengarse de Bruce de una vez para siempre.

Tenía amartillado el gatillo. Apuntó.

—Dispara y te barreno la cabeza.

Luz se volvió, con un chillido de sorpresa y de rabia. De rabia porque se había dado cuenta de que aquella amenaza era seria, y de sorpresa porque la voz que la pronunciaba era la voz de otra mujer.

La voz de Janet Merlin.

Pálida, pero firme y erguida, empuñando con ambas manos el revólver de uno de los pistoleros muertos, Janet se erigió en este momento en defensora del hombre a quién amaba. Y su voz no tembló al repetir:

—Te desharé el cráneo si aprietas el gatillo.

Bruce y Wonder fueron a levantarse a un tiempo, pero estaban, demasiado destrozados para obrar con la suficiente rapidez. Oyeron el rugido de asombro de los espectadores ante la increíble escena, y luego el chillido de Luz.

—¡Cállate, perra!

Fue Luz la primera en disparar, a continuación de estas palabras. Lo hizo con expresión fanatizada y con un deseo salvaje de matar. Pero, Janet apretó el gatillo son serenidad, dejándose caer hacia un lado. Y Luz, recibió plomo caliente en el pecho, junto a su corazón, mientras soltaba el revólver y lanzaba aún una imprecación postrera.

El *sheriff* Wonder llegó todavía a tiempo de recoger su último suspiro, mientras Janet quedaba de rodillas y rompía a llorar amargamente.

Un mano de llaves cayó, con el revólver, de entre sus dedos.

EPÍLOGO

Uno de los antiguos agentes del *sheriff* de Juleville había reconocido las llaves é ido corriendo hacia la oficina. Wonder, entretanto, se levantó poco a poco, con las facciones desencajadas por el dolor. Vio frente al él a Bruce Cardigan, el pistolero, el hombre que podía haberle matado mientras él abrazaba el cadáver de Luz.

Ni un arma había en sus manos. Sus manos ensangrentadas se elevaron en el aire.

—Me entrego, Wonder. No quiero más sangre. Tuve la intención de entregarme, si no moría antes, desde el momento en que salí a la calle a pelar.

Wonder tragó saliva. Una lágrima había aparecido en sus ojos, y se la secó con violencia. Luego rechinó los dientes, inclinó la cabeza e hizo titánicos esfuerzos para no llorar.

—Tiene que detenerme a mí también —susurró Janet—. Yo la he matado… Y yo debo ir allí donde Bruce vaya.

—¡Basta! —rugió Wonder, con el rostro crispado—. ¡Maldito sea nuestro odio, Bruce! ¡Maldito sea el día en que nos enfrentamos uno al otro! ¡Porque en el fondo eres más hombre que yo…!

Volvió la espalda y comenzó a alejarse. Su colega, el *sheriff* de Julesville, que venía corriendo, tropezó con él en este momento.

—¡Cardigan ha limpiado la población! Lo hizo son esperar nada, sabiendo que su única recompensa iba a ser la muerte. ¿Sabes, lo que eso significa, Wonder, maldito perro de presa? ¡Que es más valiente que tú y que yo! ¡Y lo menos que podemos hacer es fingir que no le hemos visto, que «no nos hemos enterado de nada» y darle un par de caballos para que salgan él y Janet, hacia Arizona… mañana! Porque la verdad es que necesitarán una noche de descanso y querrán casarse antes de partir, supongo…

Wonder sonrió débilmente, tratando de dominar su emoción. Y en un susurró, dijo al *sheriff* de Julesville:

—Hasta un *sheriff* debe aprender a reconocer cuándo se ha equivocado. ¿Por qué crees que me marchaba yo, idiota?

Bruce y Janet oyeron aquellas palabras. Se dieron cuenta de lo que significaban, del horizonte infinito que abría para los dos. Y los brazos de uno buscaron los del otro.

FIN